



Miguel Pastrana Flores

Historias de la conquista

Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2009

300 + [13] p.

Ilustraciones

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 2)

ISBN-10: 970-32-1449-5

ISBN-13: 978-970-32-1449-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historias_conquista/438a.html

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



El sentido de la conquista

... los hombres, cuando les viene una y otra vez la suerte en contra, se acostumbran al Mal y terminan por cambiarle de nombre, lo llaman Destino o Fatalidad.

Odiseas Elitis

EL PROBLEMA

La conquista de América ha sido uno de los acontecimientos históricos que más han atraído a los estudiosos de todo el mundo. Desde el momento mismo del contacto entre Europa y los pueblos indígenas, el debate surgió por diferentes motivos, mismo que ha girado en torno a diversos temas y ha corrido por infinidad de cauces. Ya los hombres del siglo XVI se percataron de la gran trascendencia de este proceso histórico y, quizá, fue Francisco López de Gómara quien mejor expresó esa importancia al escribir que: “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias.”¹

La impactante realidad humana de las tierras recién descubiertas contó con dos épicas empresas: las conquistas de México y de Perú. Pronto, ambas fueron objeto de conocimiento y de confrontación entre las más diversas posiciones. Se discutió su legitimidad, el sentido que podrían tener dentro del plan divino de la historia, su importancia en la formación de los mercados mundiales y muchos otros aspectos. Pero pocas veces se ha tratado de indagar cuál pudo ser el significado de la Conquista española desde la perspectiva de los pueblos indígenas y cuál fue el sentido que le dieron. Tal es el problema que, a propósito de las crónicas de tradición indígena del Altiplano central de México, se trata de plantear y, en lo posible, de resolver en este capítulo.

¹ Gómara, *Historia general de las Indias*, v. 1, p. 25.

En términos generales puede decirse que desde el punto de vista occidental el problema ha atravesado por varias etapas, las cuales son, fundamentalmente, las mismas que se han visto en los anteriores capítulos. Primero se encuentran los autores que desde una óptica providencialista captaron el tema que nos ocupa; en ese momento de interpretación de la Conquista se encuentra el tratamiento de varios temas que fueron comunes a casi todos los autores de esta etapa y también a los de momentos posteriores. El argumento central de esta perspectiva es el de la misión providencial de España para el descubrimiento, la conquista y la conversión de los indígenas, como lo dijo Gómara al dirigirse a Carlos V:

Nunca jamás rey ni gente anduvo tanto y dominó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido lo que ella, así en armas y navegación, como en predicación del Santo Evangelio y conversión de idólatras, por lo cual son los españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo. ¡Bendito sea Dios, que les dio tal gracia y poder!²

Para Gómara los indígenas recibieron enormes beneficios gracias a la Conquista española, como fueron las mejoras materiales al conocer el uso del hierro y animales de tiro, así como avances en el terreno intelectual al enseñarles la escritura alfabética y, sobre todo, recibieron el beneficio espiritual de ser evangelizados y alejados de la idolatría en la que se encontraban sumidos.

Buena loa y gloria es de nuestros reyes y hombres de España, que haya hecho a los indios tomar y tener un Dios, una fe y un bautismo, y haberles quitado la idolatría, los sacrificios de hombres, el comer carne humana, la sodomía y otros grandes y malos pecados, que nuestro buen Dios mucho aborrece y castiga. Les han quitado también la muchedumbre de mujeres, vieja costumbre y deleite entre todos aquellos hombres carnales; les han mostrado las letras, pues sin ellas los hombres son como animales, y el uso del hierro, que tan necesario es al hombre; asimismo les han enseñado muchas buenas costumbres y policía para pasar mejor la vida.³

Todos estos elementos aportados a través de la Conquista son tan valiosos que con uno solo de ellos los españoles pagan con creces las riquezas materiales que tomaron a los indígenas: “Todo lo cual,

² *Ibidem*, v. I, p. 312-313.

³ *Ibidem*, v. I, p. 313.

y hasta cada cosa por sí, vale, sin duda ninguna, mucho más que la pluma, ni las perlas, ni la plata, ni el oro que les han tomado.”⁴

Es importante hacer notar que buena parte de los aspectos señalados por Gómara como beneficios de la Conquista para los indígenas serán retomados, en el transcurso del tiempo, por muchos otros autores de las más diversas corrientes de pensamiento, pero que tienen un rasgo común con él: el eurocentrismo.

Así, por ejemplo, Bernal Díaz del Castillo señaló tres grandes beneficios que recibieron los indígenas gracias a la acción de los españoles. El primero de ellos fue la conversión al cristianismo, pues “se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas había, así hombres como mujeres, y niños que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas a los infiernos”.⁵

El segundo beneficio fue que los españoles enseñaron a los indígenas diversos oficios de origen europeo, como la herrería, la pintura, y otros, con los cuales se pudieran ganar la vida y mejorar sus habilidades, “los más indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer a ello”.⁶

También las labores del campo se enriquecieron con la llegada de los nuevos cultivos y animales procedentes de Europa, cuyo aprovechamiento muy pronto fue aprendido por los indígenas, “y ahora crían ganado de todas suertes y doman bueyes, y aran las tierras y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede de ello”.⁷

Con la Conquista los españoles implantaron la justicia y mejores formas de gobierno entre las comunidades indígenas, “y diré de la justicia que les hemos enseñado a guardar y cumplir, y como cada año eligen sus alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles, fiscales y mayordomos, y tienen sus casas de cabildo, donde [...] hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencien”.⁸

⁴ *Idem.*

⁵ Díaz del Castillo *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. CCIX, p. 877.

⁶ *Ibidem*, cap. CCIX, p. 878.

⁷ *Ibidem*, cap. CCIX, p. 879.

⁸ *Ibidem*, cap. CCIX, p. 880-880.

Claro que para los españoles del siglo XVI todo el proceso de la Nueva España se enmarca dentro del plan divino de la historia; en ese sentido la conquista militar es vista sólo como el medio del que se había valido la Providencia para hacer llegar a los indios la fe cristiana. El carácter providencial de la Conquista se hacía patente al considerar las maravillas obradas en ella por la divinidad, pues, como dice José de Acosta:

Sucedieron en esta conquista de México muchas cosas maravillosas, y no tengo por mentira ni por encarecimiento, lo que dicen los que escriben, que favoreció Dios el negocio de los españoles con muchos milagros, y sin el favor del cielo era imposible vencer tantas dificultades y allanarse toda la tierra al mando de tan pocos hombres. Porque [...] la causa de Dios y gloria de nuestra fe, y bien de tantos millares de almas como de aquellas naciones tenía el Señor predestinadas, requería que para la mudanza que vemos, se pusiesen medios sobrenaturales y propios [...] del que llama a su conocimiento a los ciegos y presos, y les da luz y libertad con su sagrado evangelio.⁹

Para el padre Acosta los indígenas vivían inmersos en los engaños del demonio, quien, en lo espiritual, los mantenía sumidos en un sangriento culto idolátrico, y en lo temporal los oprimía con un gobierno tiránico. Es por ello que la Conquista, al permitir a los indios conocer el evangelio, fue una empresa de liberación. “El yugo pesadísimo e insoportable de las leyes de Satanás, y sacrificios y ceremonias [...] los mismos indios estaban ya cansados de llevarlo, que consultaban entre sí de buscar otra ley y otros dioses a quienes servir. Así les pareció y parece, la ley de Cristo, justa, suave, limpia, buena, igual, y toda llena de bienes.”¹⁰

Sin embargo, no todos los autores dejaron de señalar los problemas y carencias que la Conquista trajo para la población indígena. Por ejemplo, fray Toribio Motolinía escribió acerca de lo que llamó las “diez plagas que asolaron a los indios” de Nueva España. Entre estas plagas mencionó las pestes, las muertes ocurridas durante la Conquista, los tributos, la explotación de minas, los trabajos excesivos impuestos por los españoles y la esclavitud indígena. Penalidades con las cuales la divina providencia castigó a los indios: “Por los pecados de estos naturales fue Dios movido a

Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, p. 371.

¹⁰ *Ibidem*, p. 376.

ira contra ellos, y los castigó, como dicho es, e su saña e ira se indignó contra ellos.”¹¹

Aunque, claro está, todas la penalidades de los indígenas tuvieron su premio en la conversión al cristianismo y en la consecuente salvación de sus almas, “Estos indios que casi no tienen estorbo que les impida para ganar el cielo [...] porque su vida se contenta con poco, y tan poco, que apenas tienen con qué se vestir ni alimentar.”¹² Justamente la miseria de las condiciones materiales de existencia de los indígenas es lo que les daría la posibilidad de alcanzar la vida eterna.

A principios del siglo XVII Juan de Torquemada hizo suyos varios de los conceptos vertidos en la centuria anterior. En primer término destaca la elección divina de Hernán Cortés para realizar la conquista militar, que a su vez hiciera posible allanar el camino a la propagación del evangelio en tierras indias. “Pero lo que yo quiero aquí ponderar y encarecer es que parece sin duda haber elegido Dios a este animoso capitán don Fernando Cortés para abrir por industria suya la puerta de esta gran tierra de Anahuac y hacer camino a los predicadores de su evangelio, en este nuevo mundo.”¹³

La obra providencial realizada por medio de Cortés tuvo el fin último de subsanar, con la conversión de los indígenas, la pérdida de las almas de aquellos que en Europa habían seguido la Reforma protestante, “de suerte que lo que por una parte se perdía, se cobrase por otra en más o menos número”.

En otro lugar, el cronista franciscano reconoce los aspectos más negativos de la Conquista y explica todos los males que padecieron los indígenas como un castigo de Dios, por los múltiples y grandes pecados que cometía toda la sociedad indígena prehispánica. “Una de las razones que se pueden dar acerca de haber Dios entregado estos indios a los españoles, con tanto rigor y tan a fuego y sangre como los llevaron, es la abundancia de pecados que cometían, no sólo en lo secreto y oculto de sus casas sino también en lo manifiesto y público de la ciudad y plazas.”¹⁵

La gravedad y cantidad de los pecados cometidos por los indígenas en el plano individual y en el colectivo justificaban, a los ojos de Torquemada, el castigo divino a través de la Conquista y que el poder político pasara de los señores indios a los españoles.

¹¹ Motolinía, *El libro perdido*, p. 53.

¹² *Ibidem*, p. 163.

¹³ Torquemada, *Monarquía Indiana*, v. II, libro IV, prólogo, p. 7.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *Ibidem*, v. II, libro IV, cap. CVI, p. 321.

A cambio de los males que trajo aparejados la Conquista, los indígenas recibieron la posibilidad de salvar sus almas a través de la labor evangélica de las órdenes mendicantes, “y el bien que se les recreció a los que quedaron en el beneficio que recibieron en ser cristianos en mano de la inmensa misericordia de Dios”.¹⁶

En el siglo XVIII Francisco Javier Clavijero daba fin a su *Historia antigua de México* mencionando las ominosas condiciones de vida de los indígenas en la Nueva España, pero consideraba que éstas eran el justo castigo de Dios por los pecados de los antiguos indios.

Los mexicanos, con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina, quedaron [...] abandonados a la miseria, la opresión y al desprecio, no solamente de los españoles sino aun de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, vengando Dios en la miserable posteridad de aquellas naciones la crueldad, la injusticia y la superstición de sus mayores. Funesto ejemplo de la Justicia Divina y de la inestabilidad de los reinos en la tierra.¹⁷

Si bien el jesuita ya participaba de los elementos críticos de la historiografía ilustrada, algunos de sus pilares conceptuales seguían siendo los del providencialismo.

Otro gran momento en la interpretación de la Conquista lo constituye el siglo XIX, centuria que está marcada por la independencia de México, la formación de un estado nacional y la llegada de nuevas maneras de hacer historia, como el cientificismo y el positivismo. En este contexto era inevitable que los historiadores miraran al pasado buscando los “orígenes” de la nueva nación. Algunos vieron en el movimiento de independencia el nacimiento de México, al tiempo que condenaron a la Nueva España como una etapa de oscurantismo y opresión; otros, en cambio, encontraron en la Conquista el hito fundador de la mexicanidad.

Como ejemplo de la primera postura puede verse la severísima opinión de Lorenzo de Zavala, quien pensaba que: “La conquista de los españoles en América redujo a los indios a tal estado de esclavitud que cada hombre blanco se consideraba con el derecho de servirse de los indígenas, sin que éstos tuviesen ni valor para oponerse ni aun la capacidad de explicar algún derecho.”¹⁸

¹⁶ *Ibidem*, v. II, libro IV, cap. CVI, p. 326.

¹⁷ Clavijero, *Historia antigua*, p. 417-418.

¹⁸ Zavala, “La dominación española”, en *Conquista y colonización de México*, p. 172.

Inevitable situación dentro de un sistema político y social que basaba su dominio principalmente en el terror, la ignorancia y el fanatismo religioso.¹⁹

Un ejemplo notable de la segunda postura lo encontramos en la obra de Lucas Alamán, quien pensaba que con la Conquista se implantaron en el territorio los valores europeos y católicos que, andando el tiempo, forjarían a la nación mexicana.

La conquista, obra de las opiniones que dominaban en el siglo en que se ejecutó, ha venido á crear una nueva nación en la cual no queda rastro alguno de lo que antes existió: religión, lengua, costumbres, leyes, habitantes, todo es resultado de la conquista y en ella no deben examinarse los males pasajeros que causó, sino los efectos permanentes, los bienes que ha producido y que permanecerán mientras exista esta nación.²⁰

Resulta interesante, y revelador, que Alamán no haga ninguna alusión, en sus juicios sobre la Conquista, a la situación de los grupos indígenas, ni mencione alguna aportación del pasado prehispánico en la formación de México; para él los valores constitutivos de la nación mexicana son exclusivamente aquellos de raigambre europea y católica.

Casi cuarenta años después Manuel Orozco y Berra volvía a preguntarse acerca de las consecuencias y el significado de la Conquista. En este autor ya se nota una cierta influencia de las ideas de progreso, pues señala que al entrar en contacto la cultura europea con la indígena la primera tenía que terminar por imponerse debido a su más alto desarrollo, “De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial.”²¹

Orozco y Berra reconocía la parte negativa de la Conquista con su violencia, sus muertes, la opresión de los indígenas, pero trató de ubicar el problema en perspectiva histórica y preguntarse si “¿El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América trajeron algún provecho para la civilización?” Y considerando como civilización sólo los elementos culturales europeos declaraba: “Nos apresuramos a responder afirmativamente.”²²

Por otra parte, luego de reconocer algunos valores morales en las creencias religiosas indígenas, señalaba lo que para él era in-

¹⁹ *Ibidem*, p. 176-177.

²⁰ *Disertaciones sobre la república mexicana*, p. 102-103. Segunda disertación.

²¹ Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, v. IV, p. 83.
Ibidem, v. IV, p. 579.

aceptable, los sacrificios humanos, a los cuales consideraba verdaderos horrores, por lo que se vio impulsado a aprobar la introducción del cristianismo, pues: “Cualesquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie, es más humana y aceptable que ésta. Borrarla de la faz de la tierra fue un inmenso beneficio; sustituirla por el cristianismo, fue avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización. Esta conclusión es para nosotros axiomática, evidente, clara como la luz meridiana.”²³

Después, Orozco y Berra pasaba a señalar algunas de las mejoras materiales que a su juicio trajo consigo la Conquista, como la escritura alfabética, el uso del hierro, las ciencias europeas, la introducción de los animales de tiro, así como los nuevos productos alimenticios tanto vegetales como animales. Elementos todos que permitían afirmar que la “conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad”.²⁴ Por lo que podemos decir que para este autor, al igual que para Alamán, la constitución de la nación mexicana excluía todo aporte indígena.

Ya en el siglo XX Carlos Pereyra continuó la línea de pensamiento trazada por pensadores como Alamán y Orozco y Berra. Este autor básicamente señaló los mismos aportes españoles que ya habían sido mencionados en el siglo XIX e incluso desde el XVI:

Cortés llevó a México lo que enviaba Europa, que eran los animales de tiro y de carga, de labranza y de alimentación, cuya falta estrechaba la base de la vida económica, imposibilitando la formación de grupos humanos extensos. El cereal panificable y el arado dilataron los territorios de la nueva sociedad, que llegó hasta donde antes nunca hubiera soñado hacerlo ningún conquistador indígena. Esto por sí solo era un factor de paz que ponía fin a las eternas contiendas de tribus. Cortés entregó también a México el presente valioso de la rueda y el de la bóveda. Todas las artes volaron en donde antes se arrastraban. La arquitectura dominó el espacio. La escultura dio a conocer formas bellísimas que desalojaron el ídolo deforme. La pintura exaltó los espíritus hasta la contemplación de una belleza no soñada. El alfabeto dejó sin empleo las torpes representaciones del jeroglífico. Sobre un país en que se hablaban incontables idiomas y dialectos, imperó una de las lenguas universales. Y finalmente, arrasado el teocalli, se oyó la palabra de unción que pronunciaba el santo de la Pobreza, Fr. Toribio de Benavente.²⁵

²³ *Idem.*

²⁴ *Ibidem*, v. IV, p. 582.

²⁵ Pereyra, *Hernán Cortés*, p. 186.

De nueva cuenta se ve enunciada la completa superioridad de la cultura europea respecto de la indígena, lo cual es, sin duda, expresión de los prejuicios eurocentristas de este importante autor.

En contraste con esta visión se encuentra la postura de Salvador Toscano, para quien, al contrario de lo que otros habían postulado, la sociedad mexicana, al momento de la Conquista, no se encontraba en situación de decadencia o inferioridad respecto de Europa sino que —haciendo suyos los conceptos de Spengler— había sido asesinada por los castellanos: “La civilización azteca no concluyó a consecuencia de su edad senil, sino asesinada trágicamente.”²⁶ Para Toscano la tragedia y el heroísmo fueron los aspectos comunes en la Conquista de los diferentes pueblos indígenas “y este dramático final lo sintieron y lo vivieron desde el valle de México hasta las tierras altas y bajas de los mayas”.²⁷

Pero lo que constituyó la destrucción de la civilización indígena, en tanto que un conjunto cultural estructurado, no fue la violencia militar de los conquistadores, sino la desaparición del grupo dominante durante la época colonial.

La imagen que nos produce la Nueva España en el siglo XVI con relación a los indígenas es la de un gigante cuyo cuerpo colosal se mueve acéfalo, ciegamente, decapitado en el más cruel de los destinos. En efecto, la muerte de aquella cultura se inició con el cercenamiento de la cabeza, y al producirse ese dramático vacío sólo sobrevivió parte del pueblo; pero con los sacerdotes murieron la poesía, las ciencias astronómicas, la belleza de la plástica y las ciencias del pasado.²⁸

A pesar de la pérdida del grupo dominante, creador y depositario del conocimiento y las artes del mundo indígena prehispánico, este pasado permeó de mil maneras a la nueva sociedad, la cual se formó del ayuntamiento de las culturas española e indígena, “aquella cultura [...] tenía derecho a vivir y sobrevivió con una fuerza incontrastable: injertando su sangre, marcando el lenguaje, penetrando en el arte, modelando el carácter, transformando el gusto alimenticio”.²⁹

Por su parte, Eulalia Guzmán trató de reivindicar plenamente a las culturas indígenas, aunque en su intento las idealizó al tiempo

²⁶ Toscano, *Cuauhtémoc*, p. 16.

²⁷ *Ibidem*, p. 19-20.

²⁸ *Ibidem*, p. 20.

²⁹ *Ibidem*, p. 23.

que calificó de tiránicas e injustas la Conquista española y a la Nueva España. En su obra llegó a enumerar nada menos que veintidós perjuicios causados por la Conquista y que se habían perpetuado en el país desde entonces.

Entre esos veintidós males que señala la profesora Guzmán pueden mencionarse la destrucción de una cultura, el caudillismo y el militarismo, el caciquismo, la corrupción de la justicia y la violación de las leyes, el comportamiento despótico y arbitrario de los gobernantes, el latifundismo, la ignorancia, la propagación del alcoholismo y otros vicios como el robo, el juego y “el desenfreno sexual”, la explotación de los grupos indígenas por extranjeros, criollos y mestizos, la miseria de ciertos grupos y el malinchismo.³⁰

Un año después de la publicación de los trabajos de Guzmán apareció una antología preparada por Miguel León-Portilla llamada *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. El subtítulo del libro aclaraba que se trataba de la presentación de textos nahuas traducidos por Ángel María Garibay.

Debido al carácter eminentemente divulgativo de la obra, en ella no hay un análisis histórico propiamente dicho de la “visión de los vencidos” que anuncia el título, sino que más bien el libro pretendía llamar la atención sobre la posibilidad de realizar estudios sobre la perspectiva náhuatl de la Conquista: “El estudio de las relaciones indígenas de la Conquista abre las puertas a posibles investigaciones de profundo interés histórico.”³¹ En ese sentido se plantearon algunas interrogantes tales como: “¿Qué pensaron los indios al ver llegar a sus costas y pueblos a los descubridores y conquistadores? ¿Cuáles fueron sus primeras actitudes? ¿Qué sentido dieron a su lucha? ¿Cómo concibieron su propia derrota?”³² El objetivo de enunciar estos problemas era lanzar un reto y una invitación al análisis más que emprender un primer intento de respuesta.

EL SENTIDO DE LA CONQUISTA EN LAS OBRAS DE TRADICIÓN NÁHUATL

Toca en este apartado revisar las diferentes crónicas y tradiciones indígenas nahuas para encontrar en ellas los elementos que permitan esbozar cuáles fueron las ideas y los conceptos que se forjaron

³⁰ Guzmán, “Prólogo”, en *Relaciones de Hernán Cortés*, p. CXXIV-CXXV.

³¹ León-Portilla, “Introducción general”, *Visión de los vencidos*, p. XXV.

³² *Ibidem*, p. VI-VII.

sus autores respecto de la importancia, sentido y significación de la Conquista española para los distintos pueblos y grupos de los que formaban parte.

La tradición tlatelolca

En primer término corresponde revisar la tradición de Tlatelolco según dos obras de suma importancia: los *Anales de Tlatelolco* y el Libro XII de la *Historia general* de Sahagún.

La primera obra que se abordará es el quinto documento que constituye los *Anales de Tlatelolco*. Como se recordará este documento aparece fechado en 1528; de aceptar esta fecha, y no hay motivos para no hacerlo, éste se ubica como el documento más temprano, no sólo sobre la Conquista, sino de todos los escritos en lengua náhuatl.

De este dato es posible inferir algunos aspectos de la mayor importancia para la comprensión de la obra. Primero, por su fecha no es posible pensar que los frailes intervinieran de manera significativa en el contenido de la misma, puesto que aún no dominaban el náhuatl; segundo, su temprana elaboración implica necesariamente la participación de testigos oculares de los hechos que se narran y, tercero, es el texto menos trabajado de cuantos tenemos, pues a sólo siete años de la toma de Tenochtitlan y a cuatro del arribo de los primeros “doce” franciscanos es obvio que no se tuvo el tiempo suficiente para elaborar y estructurar una cabal interpretación de la Conquista.

La corroboración de estas inferencias se encuentra en el tratamiento que se hace de tres temas que son centrales en el resto de la historiografía de tradición indígena, mismos que han sido objeto de los capítulos anteriores. Por principio de cuentas los presagios están ausentes del texto; en segundo término, si bien se llega a decir que Cortés y los suyos eran dioses, las menciones que se hacen de ello son unas cuantas y no tienen ninguna implicación ni trascendencia de orden político, militar o religioso; finalmente, la aparición de Motecuhzoma es mínima, breve y con una elaboración prácticamente nula de su imagen.

Tenemos así que tres de los temas que son nodales en el estudio de la Conquista son mencionados de pasada o simplemente no aparecen en esta obra. En mi opinión esto pone de manifiesto el poco tiempo para la estructuración y elaboración de un discurso explicativo de la Conquista desde el punto de vista de Tlatelolco.

El carácter e importancia de esta obra en la parte que habla de la Conquista es sobre todo testimonial. Así lo revelan las expresiones en el texto de “nosotros lo vimos”, como puede constatarse en la descripción y comentarios que se hacen de la matanza del Templo Mayor y la posterior reacción mexicana:

*Nos dieron empellones, nos maltrataron por tres horas. [...] / Cuando llegó acá el capitán [Cortés] ya nos había matado El Sol [Alvarado]. Hacía veinte días que el capitán había partido para la costa cuando nos mató a traición El Sol. [...] / En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de Tecuilhuitl salieron; fue cuando murieron en el canal de los toltecas. Allí furiosamente los atacamos.*³³

Estos ejemplos bastan para dar una idea del valor testimonial del texto. Y también para poner de relieve su carácter de memoria colectiva, ya que se usa la primera persona del plural, “nosotros”, y no la primera persona del singular, “yo”.

En la obra encontramos un juego de contrarios entre los valores de los valientes y leales guerreros que son los tlatelolcas, frente a los hombres cobardes que son los tenochcas. En los primeros se encuentran todas las virtudes del guerrero; entre ellas la valentía de quienes deciden enfrentar a los castellanos hasta el final. Mientras que los segundos se acobardan y ocultan para no hacer frente a los extraños.

El juego de virtudes y defectos comienza cuando los castellanos dan inicio al sitio de Tenochtitlan y ocupan Tetzaco, y los tenochcas empiezan a hacerse daño entre ellos mismos dando muerte a unos señores: “los tenochcas se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros”.³⁴

Es en el grupo dirigente tenochca donde se dan los casos de cobardía y los primeros intentos de capitulación frente a los españoles. Los guerreros tenochcas se deshonraron a sí mismos y a su pueblo al quitarse las insignias y distinciones de diversos rangos con el fin de ocultarse y de no ser reconocidos por el enemigo: “los capitanes tenochcas allí [en Tlatelolco] se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los chuachiques y los otomíes, de grado militar, que suelen tener puesto su casco de plumas; ya no se vieron en esta forma durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo”.³⁵

³³ *Anales de Tlatelolco* [edición Garibay], las cursivas son mías, p. 814.

³⁴ *Ibidem*, p. 815, y agrega: “Ésta es la razón porque fueron matados estos principales: conmovían, trataban de convencer al pueblo para que se juntara maíz blanco, gallinas, huevos, para que dieran tributo a aquéllos [los castellanos].”

³⁵ *Ibidem*, p. 816.

La idea de la cobardía de los señores y los guerreros de Tenochtitlan se refuerza con el contraste que se hace con la valentía de sus similares tlatelolcas: “Y todo el tiempo que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí [...] en todas estas partes fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, [la defensa de] los canales fue obra nuestra exclusiva.”³⁶

Y por si quedara alguna duda respecto de quién es quién en la salvaguarda de las dos ciudades lacustres, en el texto se narra la confrontación entre gente del pueblo tlatelolca y los señores tenochcas: “los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquellos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles: —¿No más estáis allí parados [...] ? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros [...] ! / Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco”.³⁷

Éste es el primer elemento importante en los *Anales de Tlatelolco* respecto de la Conquista: la comparación entre el valor guerrero tlatelolca y la cobardía deshonorosa de los tenochcas. En este sentido son particularmente significativos los pasajes en los cuales los tlatelolcas son instados por los españoles y sus aliados indígenas a abandonar a su suerte a los tenochcas, pero ellos se niegan en un trágico y supremo acto de lealtad. Así lo expresan los *Anales* en tres ocasiones, de las cuales se citan pasajes del segundo intento, en el cual la Malinche da a conocer a los señores de Tlatelolco un mensaje de Hernán Cortés para que dejen de luchar al lado de Tenochtitlan:

Venid acá: Dice el capitán: ¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc? ¿Qué no tiene compasión de los niños, de las mujeres? ¿Es así como han de perecer los viejos? / [...] —¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen solo al tenochca; que solo y por sí mismo [...] vaya pereciendo [...]

Y más aún, Cortés manda preguntar a los tlatelolcas a través de la Malinche por qué razón deberían los tlatelolcas apoyar a quienes los han oprimido: “¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicanos, de quienes él se burlaba?”³⁸

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Ibidem*, p. 817.

Los señores de Tlatelolco se reúnen con los tenochcas para discutir la propuesta y tomar una determinación al respecto. “Y de esta misma manera se fue a decir delante de los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no más se gritó. No era posible dejar solo al tenochca.” Decisión que traerá consigo terribles consecuencias y que es expresada con el mayor laconismo: “Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. la batalla.”³⁹

Otro gran aspecto de la narración tlattelolca es el recuerdo fresco, directo, aún vivo de la catástrofe, de la toma de las ciudades de Tlatelolco y Tenochtitlan: “Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte, nos vimos angustiados.”⁴⁰ El dolor de la Conquista estaba aún a flor de piel, como lo refleja con toda claridad el siguiente canto intercalado en los *Anales*:

En los caminos yacen dardos rotos, / los cabellos están esparcidos. / Destechadas están las casas, / enrojecidos tienen sus muros. / Gusanos pululan por calles y plazas, / y en las paredes están salpicados los sesos. / Rojas están las aguas, están como teñidas, / y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre. / Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe, / y era nuestra herencia una red de agujeros. / Con los escudos fue su resguardo, / pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.⁴¹

Los *Anales de Tlatelolco* refieren de manera épica y trágica la degradación que padecieron los habitantes de la que fuera, en su momento, la ciudad más poderosa de Mesoamérica: “Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestro precio veinte tortas de grana salitrosa.”⁴²

Es particularmente importante señalar el estado de los valientes guerreros tlattelolcas al término de la contienda: “El que era gran capitán. El que era gran varón solamente por allá va saliendo y no lleva sino andrajos.”⁴³ Para una sociedad cuyo máximo timbre de gloria era la guerra y para la cual la mejor —y casi única— forma de ascenso social era el distinguirse en el campo de batalla, ver a

³⁹ *Ibidem*, p. 818.

⁴⁰ *Idem*.

⁴¹ *Ibidem*, p. 818-819.

⁴² *Ibidem*, p. 819.

⁴³ *Ibidem*, p. 820.

los hombres que habían sido señalados con grandes honores vueltos en un estado miserable debe haber sido impactante. La derrota fue el fin de una forma de concebir la vida social y la muerte del orgullo de un pueblo; pues “fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero”.⁴⁴ La derrota implicó la pérdida del poder indígena y su concentración en las urbes de los lagos. “Éste fue el modo como feneció el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad.”⁴⁵ La guerra había sido el medio por el cual el Estado mexica se había expandido y llegado a la grandeza, ahora, la condición misma de ser un pueblo guerrero ha llegado a su fin.

Los nuevos amos son los españoles, los gobernantes indígenas de Tlatelolco y Tenochtitlan son sus sujetos; por eso, para evitar la venganza de otros pueblos los mexicas se ven obligados a acudir ante Cortés y suplicar su protección:

—Capitán, señor nuestro, amo nuestro: Te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen: / —Oiga por favor el señor nuestro amo: Están afligidos sus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por los rincones y esquinas. Se burlan de ellos, el habitante de Acolhuacan o el Otomí, los matan a traición.⁴⁶

Los otrora grandes señores de Mesoamérica sólo son ahora unos lugartenientes de los nuevos amos. En el texto náhuatl se puede apreciar la idea de la condición de Cortés ante los vencidos, ya que se le llama “Capitan *totecuiyoe tlatohuanie*”,⁴⁷ que a la letra es “Oh! Capitán, señor nuestro, *tlatoani*”; de esta forma se inviste al conquistador de los máximos títulos de poder político de los antiguos nahuas; así, los mexicas quedan como dominados, como macehuales de los castellanos. Pero aún no hay precisión en las nuevas condiciones materiales de la naciente Nueva España, por el poco tiempo que ha pasado desde la toma de Tenochtitlan. Lo que es indudable es que la Conquista es el fin del poderío hegemónico de la ciudad indígena y del pueblo mexica.

En esta obra sólo encontramos un pasaje que sugiere, más que indica, cuál pudo ser la causa profunda de la Conquista para los

⁴⁴ *Ibidem*, p. 818.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 820.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 821.

⁴⁷ *Unos anales históricos de la nación mexicana*, manuscrito mexicano 22 bis, p. 98, la paleografía es nuestra.

autores de los *Anales de Tlatelolco*; se trata de un pasaje en el cual durante los últimos días del sitio, los principales de Tenochtitlan y Tlatelolco consultan a los sacerdotes acerca de una oferta española para rendirse. Los sacerdotes dijeron:

Príncipe mío: Oíd lo que de verdad diremos: / Solamente cuatro días y habremos cumplido Ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de él tenéis que ver por vosotros? Dejemos que pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta. / Y hecho esto, no se hizo caso [de las palabras del sacerdote]. Y también [de] nueva cuenta empezó la batalla.⁴⁸

Si bien la expresión es vaga, es posible que los tlatelolcas consideraran que su derrota estaba determinada por el dios Huitzilopochtli, y que lo único que deberían hacer era esperar a que se completaran cuatro veintenas, lo cual tendría alguna significación que aún no es posible entender, aunque quizá fuera la de señalar el término de algún tipo de ciclo temporal o ritual. Lo más significativo es que en el texto no encontramos ninguna alusión de carácter occidental o cristiano al sentido de la Conquista. Entonces, tenemos que en el primer relato de la Conquista de México el sentido del proceso se enmarca por completo en conceptos nahuas.

En cuanto a la versión tlatelolca recogida por Sahagún conviene señalar que existen notables diferencias respecto de los *Anales de Tlatelolco*. Primero, es un relato que habla exclusivamente de la Conquista y no de una narración de toda la historia del pueblo tlatelolca. Segundo, se trata de un texto mucho más elaborado en el cual se encuentran muy desarrollados los temas objeto de los ca-

⁴⁸ *Anales de Tlatelolco* [edición Garibay], p. 820. Versión de Georges Baudot, "Anales de Tlatelolco", en *Relatos aztecas de la conquista*, p. 202: "Entonces, el sacerdote, el que conoce los libros, dijo: '¡Oh mis amados señores! ¡Escuchen pues lo que diremos con toda verdad! En sólo cuatro días habremos pasado las cuatro veintenas de días. Y como lo dice el precepto de Huitzilopochtli, ya no sucederá nada. ¿Qué, verán todo eso a escondidas? Dejemos aún pasar sólo los cuatro días para contar las cuatro veintenas de días.' Y entonces, como eso no fue entendido bien, entonces, por eso, la guerra empezó de nuevo." La versión de Ernst Menguin y Heinrich Berlin en *Anales de Tlatelolco*, p. 73 dice: "Después dice el Tlacochcácatl Coyoueuetzin: 'Que nos aconseje nuestro vecino (el patrón del Uitznáuac).' Le dicen: 'Venid: ¿Cómo veis, como miráis vuestro depósito [el mensaje]?' el sacerdote, el sabio en libros, declara: 'Nobles señores, que escuchéis lo que presagiamos: 'Faltan solamente 4 días, entonces tendremos pasados 80 días'. Y así dice la resolución [el oráculo] dei Huitzilopochtli, que [entonces] no sucederá nada. Quizás lo veréis secretamente. Dejemos pasar todavía 4 días, porque ya dentro de 4 días terminaremos 80 días. Y si así no lo aceptan favorablemente, empezará la guerra de nuevo.'"

pítulos anteriores: los presagios, la naturaleza de los españoles y la personalidad de Motecuhzoma.

El Libro XII comienza con la irrupción de lo divino en la historia de los mexicas. La sucesión de funestos prodigios que anuncian y prefiguran la destrucción de Tenochtitlan y Tlatelolco, los cuales son un mensaje enviado por fuerzas sobrehumanas. Por consiguiente, la lógica de la Conquista se enmarca dentro de un esquema de determinación divina de los acontecimientos humanos.

Pero ¿cuál divinidad?, ¿un dios mesoamericano o el dios cristiano? Tal parece que se trata del poder de una deidad indígena, ya que, como se ha visto atrás, el significado de los presagios aquí analizados se encuentra en la tradición religiosa náhuatl y no en la europea. Por otra parte, cuando Tezcatlipoca se manifiesta a los magos de Motecuhzoma señala el inevitable fin de su ciudad: “—¿Por qué en vano habéis venido a pararos aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Con esto, se acabó para siempre!”⁴⁹

Estos elementos portentosos señalan la participación de una gran voluntad sobrehumana que encauza los acontecimientos hacia la pérdida del poder de Motecuhzoma, la muerte de los gobernantes indígenas y la destrucción de la ciudad de los mexicas. El mensaje de los presagios prefigura el resultado inmediato de la Conquista española.

Estas ideas generales, expresadas a través de los presagios, son reforzadas mediante la elaboración de una imagen muy negativa de Motecuhzoma, según la cual —como se ha visto— el *tlatoani* se muestra cobarde y falto de carácter frente a los extraños; con ello rompe con las normas propias del buen gobierno y deja de lado las cualidades de autodomínio que eran exigidas a los máximos gobernantes. La inapropiada conducta de Motecuhzoma implica una ruptura en las relaciones entre él y sus gobernados, pero sobre todo una ruptura entre la cabeza política de la sociedad y la fuerza de los dioses. Por eso Tezcatlipoca dijo a los magos “ya está determinado quitarle su reino y todo cuanto tiene, y toda su honra, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos; no ha regido como señor sino como tirano y traidor”.⁵⁰ En el texto castellano de la *Historia general* se aclara aún más el sentido de la aparición de la divinidad cuando dice: “Por demás habéis venido. Nunca más haré cuenta de México. Para siempre os dexo. No tendré más cargo de vosotros ni os ampararé.”⁵¹ Las fuerzas

⁴⁹ Sahagún, *Libro doce*, trad. de Garibay, cap. XIII, p. 771.

⁵⁰ Sahagún, *Relación de la conquista*, cap. 13, p. 177.

⁵¹ Sahagún, *Historia general*, v. II, libro XII, cap. XIII, p. 832.

sagradas que han sustentado el poder de los gobernantes mexicas y su ciudad los han abandonado y sin ellas todo el edificio social se vendrá abajo.

Las constantes faltas y los graves errores que se atribuyen a Motecuhzoma son el principal recurso de que se valieron los redactores del Libro XII para explicar la Conquista como una ruptura entre lo divino y lo humano; al perder el favor de los dioses Motecuhzoma pierde su papel de intermediario frente a su comunidad. El castigo a los pecados del *tlatoani* caerá sobre toda la sociedad. De ahí la importancia narrativa y explicativa de describir el estado de su conciencia trastocada por el miedo, con la consecuente incapacidad para gobernar.

La importancia de la figura de Motecuhzoma se hace evidente si se constata que es el único individuo cuya personalidad se dibuja en el relato. Todos los demás personajes sólo son descritos en los aspectos externos, mientras que el *tlatoani* lo es en su interior. Por ello el núcleo de la trama histórica del Libro XII lo constituye la figura de Motecuhzoma, pues en ella se entrecruzan todos los temas y asuntos más relevantes de la narración de la Conquista; de este modo, los presagios son percibidos por él o tienen mensajes dirigidos a su persona y a su condición de gobernante; si hay dudas y temores en relación a la naturaleza de los españoles es él quien las tiene y las expresa.

En general puede decirse que la historia que cuenta el Libro XII es la historia de cómo un hombre y su pueblo son señalados por los dioses y de cómo ocurre el derrumbe moral y político de ese hombre, lo que trae como consecuencia la ruina total de los mexicas.

En el Libro XII se señalan las consecuencias inmediatas de la Conquista, destacando en primer término la destrucción de la ciudad y los terribles padecimientos de los vencidos. Sobre el punto véase, por ejemplo, el siguiente texto que describe los últimos días de la resistencia mexicana.

Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrecho, y bien apretados unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte, no tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebían el agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles y otras cosas no comestibles: y de esta causa enfermaron muchos, y murieron mu-

chos, y de los niños no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comían (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir).⁵²

La rendición trajo consigo que los grupos indígenas enemigos trataran de cobrarse todos los antiguos agravios, lo cual “comenzó el capitán [Cortés] con sus españoles a defender a los mexicanos y tlatilulcanos para que no fuesen robados ni cautivados de sus enemigos”.⁵³

La gente huyó de la destruida urbe y fue objeto de la codicia por los artículos suntuarios que aún pudieran poseer, “y como salieron a tierra algunos soldados, comenzaron á robarlos, y á cautivarlos, solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto, les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mujeres y aún hasta hacerles abrir las bocas para ver si llevaban oro en ellas, y escogían mozos y mozas, los que mejor les parecían, y los tomaban por esclavos.”⁵⁴

Tanto en el texto náhuatl del *Códice florentino* como en la versión castellana de la *Historia general*, se dice que Cuauhtémoc se entregó a los españoles sin entrar en ningún detalle ni hacer aclaración alguna, pero la *Relación de la conquista* aclara que los gobernantes y funcionarios mexicas sobrevivientes negociaron con los españoles su rendición con el propósito de evitar ser apresados por los tlaxcaltecas y buscando con ello salvar algo de su posición social y económica. “Desque ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitán Don Hernando Cortés: con que no les dexase en las manos de los tlaxcaltecas y los demás indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni cautivados de ellos.”⁵⁵

Esto último es altamente significativo pues representa con claridad la pérdida del poder de la Triple Alianza, ya que los grandes gobernantes son ahora prisioneros de Cortés y sus hombres, al tiempo que esperaban mayor benevolencia de los españoles que de los otros grupos nahuas.

⁵² Sahagún, *Relación de la conquista*, cap. 39, p. 230.

⁵³ *Ibidem*, cap. 40, p. 233-234.

⁵⁴ *Ibidem*, cap. 4, p. 235 y agrega “los tlaxcaltecas con los demás indios que los ayudaban dieron rebate en el fuerte de los mexicanos, y hubo muertos y robos, y mucha confusión entre los unos y los otros”.

⁵⁵ *Ibidem*, cap. 40, p. 232.

Esto revela, en el marco de la derrota, una profunda división entre los grupos indígenas del centro de México. Por una parte están los grupos que conformaban a la Triple Alianza y por otra están los grupos que estaban sujetos y opuestos a ella, los cuales fueron los aliados de Cortés.

En primera instancia, la derrota es la destrucción del poder hegemónico de la Triple Alianza y en especial del dominio de los mexicas, tanto tenochcas como tlatelolcas. Esto puede constatarse porque entre los primeros actos de gobierno que se atribuyen a Cortés está el de designar a los nuevos señores indígenas, y de manera particular el de Tlatelolco: “Y la primera y principal cosa fue hacer señor del Tlaltlulco, con sucesión de hijos y nietos, a un principal que se llamaba Aveliztoctzi [*sic*].”⁵⁶

El segundo asunto fue informarse acerca de cuál era la forma de recoger el tributo de la Triple Alianza para seguir haciéndolo de la misma manera. Se trata de poner al servicio de los castellanos las viejas instituciones nahuas de control político y económico.

La nueva condición política de los señores de la Triple Alianza se resume en las palabras con que se dirigen a Cortés: “*in tlacatl in totecuyo in Capitan*”,⁵⁷ “la persona, nuestro señor el capitán”. Los grandes gobernantes indígenas han pasado a ser sujetos de los españoles. Ésta es la consecuencia más importante de la Conquista y quizás indique su sentido más profundo: el cómo un pueblo hegemónico y su grupo dominante son señalados por los dioses y por los errores de su gobernante para perder en una cruenta guerra todos sus privilegios.

La tradición tenochca

Al tratar de las obras que recogen la tradición histórica de Tenochtitlan abordaremos de manera separada a Tezozómoc y a Durán, además de estudiar algunos textos del *Códice Aubin*.

Para comprender la manera cómo Alvarado Tezozómoc narra y explica la Conquista de México es necesario contemplar el conjunto de su obra, pues en ella es posible encontrar elementos que dan luz con respecto a los relatos posteriores.

En principio, la *Crónica Mexicana* es una obra que trata de la historia de los mexicas de Tenochtitlan, en particular de “la gloria

⁵⁶ *Ibidem*, cap. 42, p. 237.

Sahagún, *Book XII*, p. 122. La traducción es mía.

y la fama” que el grupo dominante obtuvo mediante la realización de brillantes hechos militares y de grandes conquistas. De esta manera, después de los capítulos introductorios que narran la migración de los mexicas y los primeros años del asentamiento en el islote, se pasa a hablar de la guerra con los tepanecas, cuando “comienza el memorial de los valerosos soldados, conquistadores de Atzcaputzalco”.⁵⁸ Se está refiriendo al comienzo del estado mexica como poder expansionista y hegemónico, que es concebido como obra del poderoso brazo de los jefes guerreros mexicas.⁵⁹

De esta forma podemos percibir que la esencia misma de los mexicas es la de ser un pueblo guerrero y conquistador, el cual, por la fuerza de las armas, será merecedor de grandes riquezas, así como de la fama y el poder, todo esto con la ayuda de su dios, el Tetzáhuítl Huitzilopochtli, como la propia deidad había prometido a su pueblo:

de cuatro partes cuadrantes del mundo habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros, tened cuerpo, pecho, cabeza, brazos y fortaleza, pues os ha de costar así mismo sudor, trabajo y pura sangre, para que vosotros alcancéis y gocéis las finas esmeraldas, piedras de gran valor, oro, plata, fina plumería, preciados colores de pluma, fino cacao de lejos venido, lanas de diversos tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suaves y sabrosas, y otras muchas cosas de mucho placer y contento.⁶⁰

Por otra parte, se presenta esta vocación como un destino hegemónico ineludible, que incluso los enemigos notables reconocen; así, se ponen en boca de Tezozómoc de Azcapotzalco las siguientes palabras: “¿qué os parece vosotros de estos mexicanos? ¿Cuán ardides belicosos y muy sospechosos? Verdaderamente tened por cierto, que en algún tiempo éstos han de prevalecer y ser señores de nosotros de todas estas comarcas y serranías de toda calidad de gentes que somos, si no miradlos por las obras”.⁶¹

Según Alvarado Tezozómoc así es como los mexicas logran escalar el poder entre los diferentes pueblos, a través del ejercicio de la guerra y en ocasiones con el uso de la magia, pero siempre cumpliendo el destino hegemónico que les anunciara Huitzilopochtli.

⁵⁸ Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, cap. IX, p. 249.

⁵⁹ Véase José Rubén Romero, “Alvarado Tezozómoc”. Sobre el concepto de historia en este autor sigo de cerca los argumentos de Romero.

⁶⁰ *Crónica mexicana*, cap. II, p. 228-229.

⁶¹ *Ibidem*, cap. III, p. 232.

Sin embargo, tal parece que los mexicas tenían ciertas dudas respecto de la solidez de su dominio; por ejemplo, a Motecuhzoma Ilhuicamina se atribuyen las siguientes palabras: “sabiendo [que] somos venedizos, y naturales de estas partes, y de esta laguna de México, y estamos por ahora aguardando cuando vendrán contra nosotros”.⁶² De igual significado son las palabras que se ponen en boca de Ahuítzotl: “y nosotros con el tiempo hemos de venir á sujeción, que así está pronosticado por el mismo Huitzilopochtli, el cuándo y el cómo, él solo lo sabe, y no otro”.⁶³

Así como el ascenso al poder de los mexicas estuvo anunciado, así también su derrota; pero hay que aclarar que éstas son las únicas menciones que encontramos en la obra sobre tal acontecimiento.

En la parte que habla de la Conquista es evidente que la figura de Motecuhzoma Xocoyotzin es el eje en torno al cual se articulan tanto la narración de los acontecimientos como la explicación de los mismos. Esto se refleja claramente en dos puntos: primero, a través de los presagios se pone de manifiesto la participación de lo sagrado que señala el fin del poder mexica y, segundo, las constantes menciones a las faltas del *tlatoani*, que inducen a pensar en su pérdida de autoridad.

Como hemos visto en el capítulo anterior, a lo largo del texto se resalta la idea de las faltas morales de Motecuhzoma, pues se comporta como un borracho, mata a mucha gente, y es un soberbi o. Su mala actuación como gobernante es una de las causas de la destrucción que se acerca.

Es por ello que entre los presagios se señala la aparición de una entidad que se comunica a uno de los jóvenes que encarnaban a los dioses de los templos, para que evite la huida de Motecuhzoma al Cincalco diciéndole:

mira cual está Moctezuma, ¿cuál es su pretensión? Maldita la vergüenza que tiene, ¿qué han de decir de él todos los pueblos que están a la redonda de este imperio? [...] es muy grande afrenta y vergüenza, pues ha de ver y suceder y venir sobre él lo que vendrá que presto será, que está prometido y se ha de cumplir, que no puede ser menos ni ser revocado; y que allí á donde quiere ir, no es posible que él vaya, que á eso me envía acá el Señor de los aires, tierra, mar, ríos, montes, para darles este aviso, que á esto vine.⁶⁴

⁶² *Ibidem*, cap. XXXVII, p. 356.

⁶³ *Ibidem*, cap. LXXIX, p. 556.

⁶⁴ *Ibidem*, cap. CV, p. 679.

Para huir de lo determinado por la suprema voluntad, Motecuhzoma trató de fugarse del ámbito de los hombres y refugiarse en el Cincalco, pero al intentarlo incurrió en otra grave falta al tratar de eludir sus obligaciones como gobernante; no podía abandonar ni a su pueblo ni su ciudad; al no escuchar los anuncios, al negarse a aceptar los designios de la divinidad incurre en otra falta, en este caso de soberbia.

A pesar de todos los avisos, Motecuhzoma continúa en su soberbia, y mantiene una actitud contradictoria, pues por una parte desea saber qué es lo que va a pasar, y manda que se le comuniquen todos los sueños, y por otra, cuando éstos no le son favorables castiga a los soñadores con la muerte. Los sacerdotes, ante esta situación, se ponen de acuerdo para no comunicarle nada de lo que han soñado y visto. Es así que Motecuhzoma en su pretensión de saber, actuando despóticamente, sólo consigue que no le digan nada y ser desobedecido. Motecuhzoma ha cortado los canales de comunicación con la gente de la ciudad, es temido, aplica severas penas, pero ya no es obedecido cumplidamente.

Aunque la *Crónica mexicana*, como ya se ha señalado, termina abruptamente antes de la llegada de Cortés a Tenochtitlan, no aborda toda la Conquista; es posible encontrar elementos que señalan cuál pudo ser la consecuencia más importante y trascendente de la Conquista para Fernando Alvarado Tezozómoc.

El texto más revelador son unas palabras, a manera de premonición, que se ponen en boca de Motecuhzoma en un diálogo que éste mantiene con el *tlilancalqui*, en el cual le encomienda que cuide a sus hijos, pues teme la venganza de los mexicas contra él y sus descendientes:

y mirad lo que os digo, que los que rigieren y gobernaren por mandato de ellos [los españoles], que no es ni ha de ser señorío, sino que os tendrán sujetos como esclavos, y si los dioses os dieren vida os acordaréis de lo que aquí os digo, y si todavía escapare yo con la vida, ya no seré rey sino *tequitlato*⁶⁵ y en mí se vendrán á consumir los señores, tronos, sillas y estrados que los antiguos reyes vieron y gozaron; porque en mí, que soy Moctezuma, se acabará todo.⁶⁶

⁶⁵ “El que manda el trabajo”, funcionario menor encargado de vigilar el trabajo en obras públicas.

⁶⁶ *Crónica mexicana*, cap. CX, p. 700.

En este texto podemos percibir con toda claridad la situación de la nobleza indígena en la Nueva España: es el fin de los linajes gobernantes y su poder, pues, aunque tuvieran cargos administrativos y políticos menores, tales como gobernador o juez, estaban supeditados a la autoridad de los castellanos.⁶⁷

Esto es más evidente si lo comparamos con la vida del propio Tezozómoc, ya que él era descendiente en línea directa del linaje de los grandes gobernantes; por el lado materno era nieto de Motecuhzoma y por el lado paterno nieto de Axayácatl; en contraste con esta ascendencia gloriosa él tan sólo era un simple intérprete de la Real Audiencia. Así puede imaginarse al propio Alvarado Tezozómoc viéndose reflejado en las palabras que la tradición ponía en boca de su abuelo Motecuhzoma, último *tlatoani* digno de ese nombre, respecto de la situación de sus descendientes “que los que rigieren y gobernaren por mandato de ellos, que no es ni ha de ser señorío, sino que os tendrán sujetos como esclavos”.

Al respecto, pueden encontrarse interesantes matices en la otra obra de Tezozómoc, la *Crónica Mexicáyotl*. Esta obra dedica unas cuantas líneas a los hechos de la Conquista, pero en cambio ocupa varias páginas para registrar las genealogías de los gobernantes prehispánicos y sus descendientes coloniales, especialmente el linaje de quienes habían ostentado el cargo de *tlatoani* y al cual él mismo pertenecía.⁶⁸

Por otra parte, vemos el constante interés en resaltar que la historia que narra es la verdadera tradición de los antiguos gobernantes tenochcas.

*Auh ynin tlahtolli Tenochtitlan pielli, yn oncan omotlatocatillico ynziquintin yn huehueytin, yn tlazohuehuetque yn Tenochca teteuhctin yn Tenochca tlatoque. Reyesme.*⁶⁹

Pues este discurso es depósito de Tenochtitlan, de cuando gobernaban los grandes, los viejos preciosos, los señores tenochcas, los gobernantes tenochcas, reyes.

La tradición histórica que preservó Tezozómoc era patrimonio del grupo dominante, una verdadera memoria del poder que trata de la continuidad de los linajes gobernantes y de su conciencia histórica que les daba cohesión e identidad como grupo.

⁶⁷ Véase Rubén Romero, “Alvarado Tezozómoc”.

⁶⁸ Véase *Crónica mexicáyotl*, p. 160-177.

Ibidem, p. 5, la traducción es mía.

Aunque los ascendientes de Tezozómoc fueron grandes y aguerridos gobernantes, no conocían al verdadero Dios, y fue justamente la Conquista la que hizo posible que abandonaran las antiguas costumbres para poder ser evangelizados: “somos los nobles a quienes entonces se nos honró y se nos hizo merecer con primacía sobre todos cuando llegó el espíritu, el verbo y la luz de nuestro verdadero señor Jesucristo, hijo verdadero de Dios. Ved bien que aquí concluye la relación de los ancianos nobles quienes primeramente fueron cristianos, fueron catequizados”.⁷⁰

Con estos elementos puede proponerse que, en las obras de Tezozómoc, el sentido profundo de la Conquista está en cuatro puntos fundamentales: primero, el fin de la historia tenochca como pueblo hegemónico y conquistador; segundo, el fin del gran poder del noble linaje de los *tlatoque* mexica; tercero, el advenimiento de la evangelización y de la fe cristiana; finalmente, el cuarto, la continuidad de la tradición histórica como vínculo e identidad del grupo social disminuido, el cual ha sido irreversiblemente desplazado de su antigua posición de privilegio.

Por eso, respecto de esa tradición histórica escribió: “Oídla y comprendedla bien, vosotros, los hijos y nietos, los mexicanos, los tenochcas, y todos quienesquiera que de vosotros provengan, quienes nazcan, vivan y sean de vuestro linaje.”⁷¹ Podríamos decir que tanto la *Crónica Mexicana* como la *Crónica Mexicáyotl* están empapadas de una verdadera nostalgia del poder perdido.

En el caso de la *Historia de las Indias de la Nueva España* es necesario constatar que, si bien Diego Durán transmite la tradición histórica tenochca sobre la Conquista, elaboró también una vigorosa interpretación cristiana de los hechos, la cual expresa con la mayor sutileza.

Para descubrir dicha interpretación debemos recurrir a otras partes de la obra en donde el dominico manifiesta su convicción de haberse topado con múltiples indicios, entre las creencias indígenas, de que la religión cristiana había sido propagada anteriormente en la Nueva España, pero que con el tiempo ésta había sido adulterada y mezclada con la idolatría a través de engaños demoniacos.

Todo esto que he dicho aquí, con lo demás demuestra haber tenido esta gente noticia de la ley de Dios y del Sagrado Evangelio y

⁷⁰ *Ibidem*, trad. de Adrián León, p. 6.

⁷¹ *Ibidem*, p. 9-10.

de la bienaventuranza, pues predicaban haber premio para el bien y pena para el mal. Yo pregunté a los indios de los predicadores antiguos y escribí los sermones que predicaban, con la misma retórica y frasis suyo y metáforas, y realmente eran católicos [...]. Pero iba esto tan mezclado de sus idolatrías y tan sangriento y abominable que les desdoraba todo el bien que se mezclaba, pero dígoles a propósito de que hubo algún predicador en esta tierra que dejó la noticia dicha.⁷²

Durán centró sus sospechas acerca de quién pudo ser este enigmático “predicador” en tierras americanas en uno de los más extraordinarios personajes de la antigüedad indígena, nada menos que Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl de Tula. Cabe aclarar que el dominico hacía una distinción entre Topiltzin, quien fue una persona de carne y hueso “muy venerable y religiosa, a quien ellos tuvieron en gran veneración y le honraban y veneraban como a persona santa”⁷³ y el dios Quetzalcóatl, quien era un falso ídolo de una religión demoníaca y por lo tanto no podía ser ningún predicador del evangelio.

Durán atribuye a Topiltzin una vida ejemplar dentro de las normas cristianas, pues vivió en la mayor virtud que pueda imaginarse, haciendo cotidianamente penitencia, al tiempo que era casto y puro; también enseñó a orar a los indios y edificó altares y esculpía imágenes; por todo ello era el mejor candidato para hacer recaer en su persona la sospecha de haber sido un antiguo preevangelizador: “gran fuerza me hace su vida y obras a pensar que, pues éstas eran criaturas de Dios racionales y capaces de la bienaventuranza que no los dejaría sin predicador, y si lo hubo, fue Topiltzin”. Y más adelante agrega: “Y así podemos probablemente tener que este varón fue algún apóstol de Dios.”⁷⁴

Topiltzin hizo discípulos entre los indios, los cuales recibieron el nombre de toltecas, quienes: “Predicaban en los valles y hacían algunas cosas maravillosas, que debían de ser milagros, que admirada la gente, les puso este nombre de ‘tulteca’.”⁷⁵ De esta manera, los toltecas no son —a los ojos de Durán— un pueblo indígena

⁷² Durán, *Historia de las Indias*, v. 1, Libro de los ritos, cap. IX, p. 102.

⁷³ *Ibidem*, v. 1, Libro de los ritos, cap. I, p. 9.

⁷⁴ *Ibidem*, v. 1, Libro de los ritos, cap. I, p. 10, 11. Sobre el tema de la preevangelización en Diego Durán véase a Rosa Camelo y José Rubén Romero, “Estudio preliminar”, en Durán, *Historia de las Indias*, [edición Ramírez], v. 1, p. 23-24, y a Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, p. 231-241.

⁷⁵ *Historia de las Indias*, v. 1, Libro de los ritos, cap. I, p. 10-11.

habitante de un lugar llamado Tula, sino los seguidores de la doctrina evangélica propagada por el santo varón Topiltzin.

Sin embargo, Topiltzin y su doctrina, que no era otra que la cristiana, fueron perseguidos por los indios fieles a la idolatría encabezados por Tezcatlipoca. Al fin, cansado de ser perseguido, Topiltzin reunió a sus discípulos en Tula y partió de tierra de indios, no sin antes profetizar la futura llegada de gente extraña que conquistaría a los indígenas y los dominaría. “Estos han de ser vuestros señores, y a estos habéis de servir y os han de maltratar y echar de vuestras tierras, como vosotros lo habéis hecho conmigo.”⁷⁶

Aquí, Durán expresa su opinión de la conquista española; es un acto de justicia sobre aquellos que conociendo la verdadera fe renegaron de ella. Los males de la Conquista son el justo castigo para quienes expulsaron a un apóstol.

Por otra parte, Durán dice que el mando político de los pueblos indígenas había sido instaurado tanto por Topiltzin, el hombre santo, como por los falsos ídolos Quetzalcóatl y Huitzilopochtli: “El cual [mando] no se te da más [que] de prestado; no para siempre, sino por algún tiempo.”⁷⁷ El poder legítimo deviene de ese extraño preevangelizador, aunque no es del todo ajeno a los ídolos Quetzalcóatl y Huitzilopochtli.

Ya en la historia de la Conquista, Durán siempre refiere que los indígenas pensaban que se trataba del retorno del dios Quetzalcóatl; pero en un solo lugar el dominicano hace claro su pensamiento. Presenta a Motecuhzoma dando instrucciones al *tlillancalqui* para que indagara quiénes eran los recién llegados y particularmente quién era su jefe o señor: “que sepas de raíz si es el que nuestros antepasados llamaron Topiltzin, y, por otro nombre, Quetzalcóatl”.⁷⁸

El misterioso preevangelizador no es otro que Quetzalcóatl. Así, Motecuhzoma y los indígenas aguardaban su retorno para regresarle el poder sobre los pueblos indígenas que, recordemos, proviene precisamente de Topiltzin Quetzalcóatl. Si Quetzalcóatl y Topiltzin son el mismo personaje, esto significa que el poder legítimo sobre los indígenas corresponde a los cristianos. Luego, Cortés y sus hombres no hacen sino traer el evangelio de vuelta a casa y el dominio español sobre los pueblos indios es legítimo y justo porque es cristiano.

⁷⁶ *Ibidem*, v. I, Libro de los ritos, cap. I, p. 12.

⁷⁷ *Ibidem*, v. II, Historia, cap. xxxix, p. 302.

⁷⁸ *Ibidem*, v. II, Historia, cap. LXIX, p. 507, las cursivas son mías.

El control político de los indios implica necesariamente el disfrute de las riquezas que el evangelizador Topiltzin Quetzalcóatl había dejado al partir, pues dejó dicho que “había de volver a reinar en esta tierra, él o sus hijos, y a poseer el oro y plata y joyas que dejó encerradas en los montes y todas las demás riquezas que ahora poseemos”.⁷⁹

En resumen, de acuerdo con esta interpretación el apóstol Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl predicó el evangelio y sus discípulos fueron los toltecas. Topiltzin y sus seguidores tuvieron que huir de la persecución que realizó en su contra Tezcatlipoca. Al partir, el evangelizador profetizó su regreso y el de sus seguidores, esto es, el regreso de los cristianos con el evangelio. La Conquista fue justamente el cumplimiento de esa profecía, el retorno de la verdadera fe y del gobierno legítimo a tierras indias.

Por otra parte, o más bien entrelazado con la interpretación anterior, en la crónica del padre Durán se encuentra el eco, fuerte y claro, de la tradición histórica tenochca acerca de la Conquista española. Así, en esta obra encontramos ampliamente desarrollados los principales temas de la historiografía de tradición indígena, como son la presencia de los presagios, los problemas en torno a la naturaleza de los españoles y, sobre todo, el de la personalidad de Motecuhzoma.

Sin duda el eje de la historia de la Conquista en la crónica de Durán es la figura de Motecuhzoma, tal y como puede constatarse en el siguiente texto: “sólo iré poniendo [aquello] hasta venir al fin y muerte de Motecuhzoma —cuya vida e historia yo escribo— aquello que, al relatarlo me forzare para venir a poner el fin y muerte de un rey tan poderoso, tan temido y servido y obedecido de todo este nuevo mundo”.⁸⁰

La historia de la Conquista es la historia del “fin y muerte de Motecuhzoma”. En esta frase se conjugan la tradición histórica humanista y la renacentista que ponían énfasis en la vida de los personajes notables, conforme a la fórmula “la historia es la biografía de los grandes hombres”, con la concepción indígena de la historia que centra su discurso en los personajes que son depositarios tanto de la fuerza de los dioses como de la identidad de los pueblos que representan ante lo sagrado.

Durán recoge en los presagios la concepción náhuatl de que todo gran acontecimiento implica la participación de lo divino en

⁷⁹ *Ibidem*.

⁸⁰ *Ibidem*, v. II, Historia, cap. LXXIV, p. 540.

la historia de los pueblos. Después de lo señalado no es posible dudar que para el dominico detrás de los portentos se oculta la mano del Dios cristiano, que se valía de ellos para anunciar a los indígenas el fin de su mundo; conjuntando en la aparición de los portentos la irrupción de lo sagrado con las alusiones a las faltas de Motecuhzoma, como en el caso del macehual raptado por un águila que dijo lo siguiente al *tlatoani*: “diciendo cuán insensible estabas y cuán soberbio y cómo ya se te acababa tu reinado y se te acercaban los trabajos que has de ver y experimentar muy en breve, buscados por tu propia mano y merecidos por tus malas obras”.⁸¹

En este punto es posible plantear que en la obra de Durán se dio la confluencia de dos tradiciones que señalaban al máximo gobernante como responsable de su pueblo ante la divinidad. Por un lado la tradición indígena, en la cual, como ya se ha visto, el *tlatoani* era el mayor vínculo entre los dioses y los hombres y en caso de fallar esto se revertiría en contra del gobernante y de toda la colectividad; y por otro lado la tradición judeocristiana del *Antiguo Testamento* que señala una idea muy similar respecto de las obligaciones y responsabilidades del gobernante ante su pueblo y la divinidad; como prueba de ello puede citarse un pasaje del *Eclesiástico*:

El rey ignorante pierde a su pueblo, y la ciudad prospera por la sensatez de los príncipes. / En manos del Señor está el gobierno de la tierra, y en cada tiempo pone sobre ella a quien le place. / [...] La soberbia es odiosa al Señor y a los hombres, y contra ambos peca quien comete injusticia. / [...] Los tronos de los príncipes derriba el Señor, y en lugar suyo asienta a los mansos. El Señor arranca de raíz a los soberbios, y planta en su lugar a los humildes.
(*Eclesiástico*, 10, 3, 4, 7, 17, 18.)

Es por ello que Durán ve en la muerte de Motecuhzoma la mano de la providencia, que se encargó de castigar los innumerables abusos e injusticias del despótico gobernante indígena, por lo que puede hablarse de un acto de justicia divina.

Y éste fue el desastrado fin y muerte de Motecuhzoma y de los demás reyes y señores que estaban presos con él en los calpules; con lo cual se le cumplieron los pronósticos que él de sí mismo había profetizado y dicho. Cosa que admira y se conoce ser verdaderamente permisión del muy Alto; en quien quiso ejecutar ri-

⁸¹ *Ibidem*, v. II, Historia, cap. LXVII, p. 493.

guroso castigo por sus intolerables tiranías y crueldades y vicios nefandos y sucios en que estaba; en los cuales estaba tan encenegado y metido más que cuantos hombres en el mundo ha habido.⁸²

A través de esta interpretación Durán logra conjuntar en su crónica dos visiones de la historia, la de tradición náhuatl y la de tradición cristiana.

Al igual que Tezozómoc, Durán transmite fielmente la perspectiva de la nobleza indígena a fines del siglo XVI frente a la conquista española; para ellos fue el evento que marcó el fin del poder y la gloria de los linajes gobernantes. Esto se ve con suma claridad en la autoprofecía de Motecuhzoma sobre su propia muerte y el fin de su linaje como cabeza de gobierno:

Y de una cosa te quiero avisar, y es que, sin duda, seremos todos muertos y destruidos a manos de estos dioses y serán todos los que quedaren esclavos y vasallos suyos, y ellos han de reinar, y yo soy el postrero rey que habrá de nuestra nación en esta tierra, porque aunque queden algunos de nuestros hijos y deudos y los hagan gobernadores, y los pongan en algunos señoríos, no serán verdaderamente reyes ni señores; sino como prepositos y mandoncillos, o como alcabaleros y cobradores de tributos de estos que yo y mis antepasados tuvimos, y sólo servirán de hacer y cumplir los mandatos y provisiones tuyas. Y así, me cupo en suerte de que deje envuelto y arrollado para siempre el asiento que mis antepasados me dejaron, para que ninguno de mis hijos ni deudos lo tornen a desenrollar, ni se sienten en él.⁸³

Los descendientes de los grandes gobernantes mexicas serán sólo subalternos de los españoles.

De esta manera, Durán muestra en su *Historia de las Indias* dos concepciones distintas de la conquista española, la suya propia de misionero cristiano que interpreta el devenir del hombre indígena a través del marco de conceptos europeos, y la memoria indígena, según la cual la Conquista fue el fin de la “gloria y la fama” de un orgulloso pueblo de guerreros.

Para terminar con la tradición tenochca pasaremos a ver el análisis de la versión que presenta el *Códice Aubin*. La parte que nos interesa en este capítulo, al parecer, fue elaborada en 1576,

⁸² *Ibidem*, v. II, Historia, cap. LXXVI, p. 556.

⁸³ *Ibidem*, v. II, Historia, cap. LXXI, p. 520-521.

aunque hay que advertir que el documento tiene adiciones de fecha posterior.

En esta obra encontramos un curioso pasaje sobre el porqué los españoles arribaron a tierras indias. Comienza señalando la aparición de dos portentos en el año 4 *Calli*, correspondiente a 1509, el ya mencionado *mixpantli* o “bandera de nubes” y la caída de una columna de piedra; según el texto náhuatl esto aconteció, precisamente, “*yquac ualleuaque in Xpianime ynic quinmoyollotilli totecuyo ynic nican aciqui*”,⁸⁴ “cuando venían hacia acá los cristianos, porque los inspiró nuestro señor para que aquí vinieran a llegar”, esto es, los presagios se vieron precisamente en el tiempo que los castellanos partieron para llegar a la futura Nueva España; entonces los portentos que presenciaron los indígenas eran anuncios de la voluntad de Dios.

La presencia española es consecuencia directa de la intervención divina, Dios puso en los corazones de los castellanos (*quinmoyollotilli*) la necesidad de ir a tierras americanas a permitir la entrada del evangelio; dice el texto: “*Auh ca ycpac ullalacuillouaya*”⁸⁵ *in teocalli*”,⁸⁶ “pues vinieron a acrecentar el templo”, lo que probablemente quiera decir que los españoles vinieran a extender el templo por antonomasia, esto es, la iglesia cristiana.

Con esto, los autores del *Códice Aubin*, insertarían a la Conquista dentro de un concepto general de historia universal. Las acciones de indios y españoles estarían regidas por la voluntad del dios cristiano. Esto se refuerza en el texto náhuatl del año uno *ácatl* 1519:

*Nica miqco yn Moteuhcōmatzin yhuan yquac açico yn Marques. In iquac quimpeuhque yn mexica in Xpianome. Camo zan nen uallaque ca ytenicapatzinco in totecuyo ca quimonauatilli in Sancto Padre quimouilli: “xiquinauatican in cavallelosme oc centetl tlalli ypan yazque ynic acico yn nican XII frayles”.*⁸⁷

Aquí vino a morir Motecuhzoma y fue cuando vino a llegar el Marqués. Entonces vencieron los cristianos a los mexicas. No sin razón vinieron, pues por mandato de Nuestro Señor, les mandó el Santo Padre, les dijo: “Dadles aviso a los caballeros en la otra tierra que partirán, para venir a llegar aquí, doce frailes.”

⁸⁴ *Códice Aubin*, edición Kutscher, p. 26, la traducción es mía.

⁸⁵ Léase: *huallaquillohuaya*.

⁸⁶ *Códice Aubin*, edición Kutscher, p. 26, la traducción es mía.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 27. La traducción es mía.

De esta manera, aunque indígena, el texto parece tener mucho cuidado en indicar una aparente aceptación del cristianismo, al señalar que el sentido profundo de la Conquista fue el de preparar el arribo de los primeros “doce” frailes franciscanos a propagar el evangelio. Muestra de esto es el uso de la palabra “diablo” para referirse a la imagen de Huitzilopochtli venerada en la fiesta de Toxcatl: “*In ípan in Toxcatl yn aco quizaya in diabló*”;⁸⁸ “Durante Toxcatl, en lo alto salía el diablo.” Es evidente que para un autor cristiano los dioses nahuas sólo podían ser demonios.

Por otra parte, el texto refiere la violencia de la Conquista en una sola ocasión y de manera muy breve en el caso de la matanza del Templo Mayor:

Quando el canto comenzó, en seguida, entonces, uno por uno, los cristianos empezaron a salir por delante de la gente, penetraron en medio de las gentes; en seguida, cuatro por cuatro, se apostaron en las entradas.

En seguida, entonces, fustigaron con un bastón al que guiaba a las gentes, Golpearon en la nariz a un hombre que era la imagen del diablo. En seguida vinieron a golpear al que tocaba los tambores. Eran sus dos tambores. Uno lo tocaba a orillas del agua. En seguida, entonces, los pisotearon, de esta manera fueron destruidos.⁸⁹

Si comparamos esta narración de la matanza con las proporcionadas por los *Anales de Tlatelolco* y el Libro XII de Sahagún, nos daremos cuenta de que estamos ante una versión muy comedida y poco comprometida del acontecimiento; los autores se cuidaron mucho de señalar los abusos de los castellanos.

Los elementos que pueden dar una idea más completa del sentido profundo que tuvo la Conquista para los autores del *Códice Aubin* son dos breves textos. El primero de ellos es la glosa que corresponde al año 3 *calli*, 1521; dice el texto:

*yhuan oncan moyavuac*⁹⁰ *yn mexicayotl tenochcayotl yquac ualcencalacque in españoles*⁹¹

Y entonces tomaron cautivo lo propio de los mexicas, lo propio de los tenochcas cuando vinieron a entrar por completo los españoles.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 28, la traducción es mía.

⁸⁹ *Códice Aubin*, trad. de Baudot, p. 211-212.

⁹⁰ Léase *moyaoan*, del verbo *yaoana* “tomar cautivo”.

Códice Aubin, edición Kutscher, p. 33, la traducción es mía.

Los castellanos toman prisionera no a una persona o una institución, sino a la manera misma de ser de los mexica tenochca, la *mexicayotl tenochcayotl*, palabras formadas con los gentilicios mexica y tenochca combinados con el sufijo abstracto colectivo *-yotl*, con lo cual estos términos denotan el conjunto de características y rasgos que definían al pueblo mexica tenochca; con esto se quiere decir que los españoles tomaron cautiva la esencia misma de ese grupo náhuatl, esto es que el gran pueblo guerrero y sus valerosos jefes ahora son cautivos de los extraños, la gran ciudad conquistadora se convirtió en prisionera de los españoles.

El segundo texto es el correspondiente al año 6 *tecpatl*, 1524, el cual: "*Nican tzintic in teoyotl yauac peuh in ye techmachtia padremé*",⁹² a la letra dice: "Aquí empezó lo divino, cuando ya comenzó la enseñanza de los padres." De manera implícita, la evangelización se presenta como el misterio que está detrás de todo el drama de la Conquista.

La tradición tlaxcalteca

Dentro de las obras que permiten conocer el punto de vista de Tlaxcala respecto de la Conquista abordaremos tres documentos, el *Lienzo de Tlaxcala*, las *Pinturas tlaxcaltecas de la conquista* y la obra de Diego Muñoz Camargo.

Por principio de cuentas recordemos que el *Lienzo de Tlaxcala* es una relación de los méritos y servicios que la ciudad y provincia de Tlaxcala hicieron durante la conquista en favor de los españoles, tal y como ya lo percibía Alfredo Chavero: "los tlaxcaltecas pintaron este lienzo para conmemorar las campañas que hicieron como aliados de los castellanos".⁹³

Precisamente por su condición de relación de méritos y servicios del *Lienzo*, los tlaxcaltecas procuraron presentarse en él como un grupo que siempre fue amigo de los castellanos y que desde el primer momento los recibió de paz. Esto se ve claramente en la lámina IV (figura 1), donde se muestra a cuatro emisarios de Tlaxcala dando la bienvenida con presentes a Cortés y los suyos en Tecoac, lugar donde todas las demás obras señalan enfrentamientos entre los castellanos y las tropas otomíes al servicio de la ciudad; pero,

⁹² *Ibidem*, p. 34, la traducción es mía.

⁹³ Chavero, "Explicación del *Lienzo de Tlaxcala*", en *Lienzo de Tlaxcala*, edición Chavero, p. 16.

dado que la intención del *Lienzo* es resaltar los méritos y no los problemas, la alusión a estos combates no tiene cabida.

El *Lienzo de Tlaxcala* trata de demostrar cómo los gobernantes de las cuatro cabeceras de la ciudad fueron los primeros y más fieles aliados de los españoles, tal como se representa en la lámina V (figura 2), en la cual se pinta el recibimiento de Cortés por los señores de Tlaxcala. En esta escena se puede ver a tres de los gobernantes tlaxcaltecas recibiendo de manera pacífica a Cortés, quien toma del brazo a uno de ellos, mientras que en medio de la escena se alza una cruz con un cartel con la inscripción INRI. La escena simboliza la alianza entre tlaxcaltecas y españoles y el lazo de unión entre ambos grupos, la llegada del cristianismo. Una glosa en náhuatl refrenda el contenido "*Íc monahuatēcque Tlaxcallá*", "Cuando se abrazaron en Tlaxcala".

En la lámina VIII (figura 3), se ve a los señores de Tlaxcala recibiendo el bautismo de parte de un sacerdote cristiano;⁹⁴ a los lados se ubican españoles y mujeres indígenas que contemplan la escena; a la derecha, Cortés, sentado, empuña un crucifijo; arriba, al centro hay un cuadro de la virgen María con el niño. Una glosa en náhuatl dice: "*Yc moquayatequique tlatoque*", "Cuando se lavaron la cabeza los gobernantes", esto es, que fueron bautizados. De esta manera los señores tlaxcaltecas se presentan como los primeros indígenas en aceptar el cristianismo; éste es un argumento justificador por medio del cual se trató de consolidar los intereses de la provincia de Tlaxcala a mediados del siglo XVI. Son católicos y leales aliados de los españoles desde el comienzo mismo de la Conquista.

Condición que refrendan en el momento más crítico de la Conquista, la derrota española en la llamada Noche Triste y la subsecuente huida de la ciudad. El *Lienzo de Tlaxcala* muestra a los guerreros tlaxcaltecas combatiendo al lado de los castellanos y guiándolos en su retirada. Particularmente reveladora es la imagen del arribo de los derrotados españoles a Tlaxcala. En la lámina XXIX (figura 4) se muestra a un señor de Tlaxcala recibiendo a Cortés y a sus hombres en son de paz y ofreciéndoles abundantes bastimentos. Arriba, al centro, encontramos un estandarte mexicano capturado.⁹⁵

⁹⁴ En esta lámina se ve al sacerdote sosteniendo un objeto circular que parece una hostia, pero en la copia de Juan Manuel Yllanez se ve que el objeto aludido es un ánfora, lo mismo se ve en las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista*, lámina xxxiii.

⁹⁵ Chavero, "Explicación del *Lienzo de Tlaxcala*", p. 54.

De esta manera los tlaxcaltecas se presentan como quienes recibieron de paz a los españoles y se aliaron con ellos, además de convertirse al cristianismo. Se muestran como los más leales y valientes aliados de la corona en tierra de indios. Todo ello se ve en la lámina principal del *Lienzo*, la llamada alegoría (figura 5). En ella encontramos expresada la idea tlaxcalteca de su relación con las autoridades españolas en el siglo XVI.⁹⁶

En los cuatro extremos de la lámina están representadas las cuatro cabeceras de Tlaxcala con sus respectivos señores y símbolos.

Hay que poner atención en los elementos que aparecen en el centro de la lámina. Arriba está el escudo de la corona española, abajo de ella un cerro en el cual está una iglesia, abajo de esto los señores de Tlaxcala contemplan cómo los españoles colocan una cruz con los símbolos de la pasión. Es la imagen de un grupo que con su ayuda hace posible la entrada de la verdadera fe, elemento fundamental en la extensión del cristianismo y en la expansión del imperio español. Se conciben como una provincia más del imperio, con sus derechos y obligaciones, dentro de un nuevo orden más amplio, cristiano y español, en el que ellos, indígenas, aliados leales y verdaderos cristianos, tienen un lugar como una parte del imperio de igual importancia que otras.⁹⁷

Por su parte, las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista*, que acompañan a la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, de Muñoz Camargo, guardan estrecha relación con el *Lienzo de Tlaxcala* en estilo y contenido, comparten muchas escenas y tienen finalidades comunes.⁹⁸

El mensaje de ambas obras pictográficas es fundamentalmente el mismo: resaltar los méritos de Tlaxcala en la conquista de Tenochtitlan y otras regiones de la Nueva España. Pero cabe señalar que las *Pinturas* contienen información que no se presenta en el *Lienzo*; por ejemplo, las primeras registran más campañas militares en las que participaron los tlaxcaltecas que las que se encuentran en el *Lienzo*.

De particular importancia para este estudio son las láminas que apuntan ciertos aspectos de la evangelización en Tlaxcala. Como

⁹⁶ Véase Carlos Martínez Marín, "Lámina principal-Alegoría", en *El Lienzo de Tlaxcala*, p. 58.

⁹⁷ Véase Josefina García Quintana, "Contexto histórico de Tlaxcala", en *El Lienzo de Tlaxcala*, p. 33.

⁹⁸ Véase Carlos Martínez Marín, "Los orígenes del *Lienzo de Tlaxcala*. Fechas y fuentes", "La fuente original del *Lienzo de Tlaxcala*", y Pastrana, "Los códices anotados de tradición náhuatl".

emblema de todo el proceso puede verse la lámina VII (figura 6) en donde se muestra a los primeros “doce” frailes franciscanos de rodillas en torno a una cruz con símbolos de la Pasión; sobre la cruz revolotean una serie de figuras de demonios con atavíos de dioses prehispánicos. El sentido alegórico de esta lámina es el señalar que, con el advenimiento de la fe cristiana, los demonios que se hacían pasar por dioses fueron alejados. Es el triunfo de la fe católica sobre la idolatría.

Esta lámina tiene dos glosas, una en español y otra en náhuatl que refrendan el contenido de la escena. La primera dice: “La llegada de los doce religiosos, frailes de la orden del señor San Francisco, enviados a la Nueva España por el emperador Don Carlos, nuestro señor”. La glosa náhuatl dice: “*Im can cruz tlacoyo huazquiquetzque teopixque*”, que a la letra dice: “En donde afincaron y alzaron la cruz los sacerdotes.” Los religiosos al implantar la fe cristiana lograron que los diablos se alejaran de los tlaxcaltecas.

Esta idea del triunfo del cristianismo sobre los demonios se refuerza en otras láminas donde se ve a los frailes predicando y quemando templos e implementos del culto idolátrico (láminas V, VI, VII, X, XIII). Pero sobre todo con la imagen de la conversión de los gobernantes indígenas que se manifiesta en la lámina IX (figura 7), donde se ve a un grupo de principales tlaxcaltecas de rodillas y con las manos en actitud de orar recibiendo el agua del bautismo de parte de un fraile; a la derecha, varias mujeres nobles observan la escena. El sentido de la lámina se ve confirmado por la glosa en español que dice: “Bautismo general y conversión de los naturales a nuestra santa fe católica, por predicación destos religiosos.” Aunque en realidad no se trata de un “bautismo general”, pues los atavíos de los personajes revelan su alto rango social, punto que es ratificado por la glosa en náhuatl, “*In quin quayatequique tlatoque*”, “Un poco después les echaron agua en la cabeza a los señores.” Con esto se reitera el concepto manejado ya por el *Lienzo de Tlaxcala*, la conversión de la cúpula del poder tlaxcalteca.

Un par de láminas muestra los severos castigos aplicados a quienes trataron de continuar las antiguas prácticas religiosas después de la Conquista. Entre los castigos vemos penas infamantes como el rapar a las personas e incluso el ahorcamiento. La representación de esos castigos podría ser entendida como un señalamiento de abusos por parte de los religiosos, pero no hay tal, ya que en estos casos aparecen las figuras de los señores de Tlaxcala aprobando los castigos. Esto puede apreciarse en la lámina XII (figura 8) donde se ilustra

el caso de un principal tlaxcalteca a quien primero se le ve en una cueva realizando ofrendas y sacrificios antiguos. A su izquierda está un fraile. Arriba al centro se ve al mismo principal ya ahorcado y a la izquierda aparecen varios señores de Tlaxcala contemplando su ejecución. La glosa castellana aclara que se trata de la "Justicia que se hizo de un cacique de Tlaxcala porque había reincidido en ser idólatra; habiendo sido cristiano, se había ido a unas cuevas a idolatrar." La glosa náhuatl precisa su ejecución "*Quipilloque moztlauhqui*", "Le colgaron en la mañana."

Al igual que el *Lienzo*, las *Pinturas* muestran la importancia de la participación tlaxcalteca en la Conquista de distintos grupos y lugares. Esto se señala alegóricamente en la lámina XIX (figura 9), en la cual se ve a varios hombres y mujeres indígenas portando banderas y con diferentes atavíos; al frente de ellos está un indio portando un estandarte con un castillo, con lo que se señala la pertenencia a Castilla de los grupos que representan los hombres y mujeres que van atrás de él. Abajo de ellos corre una banda en la que se alternan topónimos pictográficos con mitras obispaes. Posiblemente se trate de la unión, gracias a la Conquista y el cristianismo, de los grupos indígenas que antes se encontraban desunidos. Una glosa en español dice que se trata de las provincias de "Guatemala, Chiapa, Coixco, Mechuacan, Xalisco, Culhuacan, Totonacapan, Tlaxcala, Pánuco, Guaxaca. Estas son las provincias y reinos que conquistó Hernando Cortés, Marqués del Valle, y otras muchas que no se escriben".

En la siguiente lámina, la XX (figura 10) se muestra una alegoría de los méritos de Cortés. Al centro está Cortés a caballo con armadura, lanza y escudo empuñando un crucifijo, al pie del caballo está Motecuhzoma con grillos en los pies y con una corona tirada y rota al igual que un *macahuitl*, también aparece tirada la cabeza de un ídolo. Ésta es la representación alegórica de la derrota de los mexicas y el fin de su poder político y militar, así como el fin de la idolatría prehispánica. Atrás del caballo hay una mujer indígena que representa a la Nueva España, quien porta un estandarte donde están un castillo y un nopal; posiblemente indique que Tenochtitlan pertenece a Castilla. Es el señalamiento de los méritos de Cortés: el haber adquirido un nuevo reino para la corona española; de manera implícita está el concepto de que también son los méritos de sus principales aliados indígenas, los tlaxcaltecas.

En las láminas XXIII, XXIV y XXV (figuras 11, 12 y 13) encontramos representada una alegoría del sentido profundo de la Conquista,

no sólo de la Nueva España, sino la de todos los dominios americanos. En la primera de estas láminas (figura 11) aparecen Francisco Pizarro y Hernán Cortés con una rodilla en tierra, acompañados respectivamente por la figura de un indio que tiene un cofre y la de una india. El indio representa al Perú y la india a la Nueva España. Al pie de la figura se encuentran cofres llenos de riquezas. Es la imagen de los territorios conquistados por ambos personajes y los bienes materiales obtenidos. Como las glosas aclaran, ambos capitanes castellanos ofrecen reinos y riquezas, “Piçarrus ofrece el Perú” y “Cortesius ofrece la Nueva España”. Ambos personajes ofrecen tan grandes territorios y riquezas nada menos que a Carlos V, quien aparece a caballo en la lámina xxiv (figura 12) recibiendo de Cristóbal Colón un globo terráqueo; la glosa dice que “ofrece a su majestad el Nuevo Mundo”. En la última lámina (figura 13) está la imagen de Felipe II a caballo rodeado de soldados españoles y con una inscripción en latín: “*Philippus Hispaniarum et Indianorum rex*”, “Felipe, rey de españoles e indios”.

Las tres láminas constituyen una alegoría del imperio español, el cual domina a los reinos de la península ibérica y a los de ultramar gracias a tres hombres que realizaron grandes hazañas. Colón descubriendo el Nuevo Mundo, Cortés conquistando la Nueva España y Pizarro haciendo lo propio con el Perú. Los tres ofrecen el fruto de sus hazañas a la corona española representada por Carlos V y su sucesor Felipe II. Es la formación del imperio español y los tlaxcaltecas se presentan como parte fundamental de una de esas epopeyas, la conquista de la Nueva España; por lo tanto, parte de la gloria de Cortés les corresponde a ellos. Estas escenas implican una cierta conciencia de la inserción de la Conquista en la historia universal de Occidente, a partir de que la Nueva España era ya una parte integral del imperio español.

En el caso de la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo, es necesario considerar cuál era la condición de Tlaxcala en el pasado prehispánico para encontrar aquellos elementos que nos lleven a plantear cuál pudo ser el sentido de la Conquista.

De acuerdo con Muñoz Camargo, la ciudad de Tlaxcala vivía en paz y prosperidad dedicándose a actividades de intercambio y conviviendo pacíficamente con otros pueblos indígenas: “Y ansí, poblada la muy insigne y no menos leal provincia de Tlaxcalla, tuvieron paz y concordia con todas las provincias comarcanas [por] grandes tiempos [...] En tanta manera, que vino a ser el reino de

Tlaxcalla uno de los mayores reinos que hubo en estas partes del Nuevo Mundo.”⁹⁹

Fue tanta la pujanza de Tlaxcala que causó la envidia de otras urbes indígenas, entre las que destacan Cholula, Huexotzinco, Huaquechula e Izúcar. Entonces ocurrió que los mexicas se expandieron y pronto dominaron a dichas ciudades; los habitantes de éstas hicieron lo posible para poner a los mexicas en contra de Tlaxcala contándoles mentiras. “Y para más incitar a los tenochcas mexicanos y moverles a ira, informaron los rendidos siniestramente contra ellos, diciéndoles cómo los tlaxcaltecas se iban apoderando de muchas provincias de las que ellos habían ganado, así por amistades como por contratos.”¹⁰⁰

Debido a estas intrigas los mexicas y los tlaxcaltecas entraron en conflicto. Los tenochcas pidieron a Tlaxcala que aceptara sujetarse a ellos, pero los señores de la ciudad y provincia se negaron alegando defender la independencia que habían tenido desde siempre: “—Señores muy poderosos, Tlaxcala no os debe vasallaje ni, desde que salieron de las siete cuevas [*Chicomóztoc*], jamás reconocieron con tributo ni pecho a ningún rey ni principal del mundo, porque siempre han conservado su libertad. Y, como no acostumbrados a esto, no le querrán obedecer, porque, antes morirán, que tal cosa como ésta consentir.”¹⁰¹

Así, los señores de Tlaxcala se presentan como un grupo que no buscó el enfrentamiento con Tenochtitlan, pero que se vio obligado a ello para preservar su libertad. Nótese que declaran no haber estado sujetos a nadie y preferir la muerte antes que ser sometidos; estas características de la ciudad de Tlaxcala antes de la Conquista enaltecen más la alianza que posteriormente establecieron con los castellanos y su aceptación de sujetarse a la corona española.

Por otra parte, si bien el poder militar y la ambición mexicana era extremas, ésta era la norma entre los pueblos indígenas. Según Diego Muñoz había un estado de guerra constante cuya única motivación era la ambición de poder y de riquezas materiales, sin tener ningún ideal moral o político:

Y así, procuraban de sujetarse los unos a los otros por apoderarse de las riquezas que cada uno tenía y poseía, quitándoselas por fuerza, haciéndose temer con crueldades y tiranías sin razón

⁹⁹ Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, p. 175-176.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 177.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 178.

alguna, gobernados tal solamente con este apetito de mandar, tener y señorear. Y así, unos huyendo de la sujeción, pretendiendo libertad, y otros encarnizados de ambición, procuraban supeditar a todo el género humano con guerras y crueldades; lo cual duró siempre, y durara hasta la fin del mundo, si los españoles no lo atajaran con su venida.¹⁰²

Los españoles, a través de la Conquista impusieron un superior orden político que dio fin al estado de guerra permanente. El primer significado de la Conquista es el introducir el orden y la paz entre los pueblos indígenas.

Otro punto importante del pasado prehispánico, según la versión de Muñoz Camargo, lo constituye el carácter demoníaco de los dioses indígenas. Así lo afirma a propósito del dios Camaxtli, quien “no pudo ser sino el mismo Demonio, porque hablaba con ellos, y les decía y revelaba lo que había de suceder y lo que había de hacer”.¹⁰³ O en el caso del dios Tezcatlipoca, respecto del cual, después de hacer una curiosa etimología concluye que es posible que se trate del mismísimo Luzbel,¹⁰⁴ pues, al igual que los otros grupos indígenas, los tlaxcaltecas vivían engañados por el demonio que se hacía pasar por dios y, si se piensa bien, este reconocimiento hace aún más encomiable su aceptación del cristianismo y su apoyo a Cortés.

Según Muñoz Camargo, en vísperas del arribo de los españoles, Tlaxcala mantenía la tradición de libertad frente a la tiranía y ambición mexica, y si bien estaban engañados por el demonio, los señores de Tlaxcala pudieron darse cuenta de su error y poner fin a esa situación. “Y así, es de creer que, pues nuestro señor fue servido que por mano destas gentes [los tlaxcaltecas] se ensalzase su santo nombre, que la guardó [a Tlaxcala] y tuvo guardada para instrumento de tan heroica y santa obra, como esta que hemos visto y como, desde aquí adelante, diremos.”¹⁰⁵

Tlaxcala cumplió con un papel importante en la Conquista dentro de un plan divino para la conversión de la Nueva España. Según esta interpretación providencialista de la historia de la Conquista, los indígenas vivían sumidos en los engaños del demonio, pero

¹⁰² *Ibidem*, p. 117.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 143.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 131, “Y a mí me parece que quisieron llamarle Luzbel, como en efecto, por indecimiento del Demonio que los tenía sujetos y rendidos, pretendiendo ser adorado destas miserables gentes, lo llamaron los mexicanos y tlaxcaltecas “dios de las batallas”, y a éste atribuían que daba las victorias.”

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 186.

Dios, en su infinita misericordia, se apiadó de los naturales y decidió salvar las almas de los indios. La primera muestra de esta determinación divina fueron los presagios que anunciaron la llegada de los españoles, “comenzó [Dios] con su inmensa bondad de enviar mensajeros y señales del cielo para su venida, las cuales pusieron gran espanto a todo este nuevo mundo”.¹⁰⁶

Dentro de esta lógica cristiana, el relato del recibimiento de Cortés en Tlaxcala es de particular importancia, pues en él se dan las bases del pacto entre castellanos y tlaxcaltecas. Según Muñoz Camargo, en esa ocasión el capitán extremeño señaló dos importantes misiones que venía a cumplir. La primera es la introducción del cristianismo y la destrucción del culto idolátrico; las palabras del capitán español fueron:

Soy venido a desengañaros del engaño en que habéis estado y a daros otra ley mejor que la vuestra, porque es la ley del verdadero Dios, limpia y clara, sin ningún género de engaño, ni tanta burlería de sacrificios crueles y abominables, como son los que usáis en vuestros ritos. Ansí mismo, os vengo a declarar y a decir cómo, después de esta vida, hay otra que es eterna e infinita, cuya claridad os será enseñada por los ministros de Dios para que estéis enterados en las cosas de nuestra santa fe católica, que, para ello, el gran señor que me envía [Carlos V], os enviará muy en breve.¹⁰⁷

La segunda misión de Cortés es la de castigar los abusos de los mexicas e introducir la paz entre los diferentes pueblos indígenas a través de “dar muy cruel guerra a Motecuhzoma, vuestro mortal enemigo, y vengar vuestras injurias. En cuya venganza y castigo, veréis que mi amistad es firme y verdadera, para, después de vengado de vuestros capitales y crueles enemigos, vivir con descanso entre vosotros”.¹⁰⁸

La prueba que pidió Cortés del pacto entre castellanos y tlaxcaltecas fue que los gobernantes indígenas se convirtieran al cristianismo y aceptaran bautizarse. “Y, con esto, tendré por cierto que me queréis bien y, con este vínculo de amor, quedará confirmada mi amistad para siempre jamás y llamaros heís cristianos, como yo me llamo y se llaman todos mis compañeros, que es el más alto blasón y renombre que podemos tener.”¹⁰⁹

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 209.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 240.

¹⁰⁸ *Idem*.

¹⁰⁹ *Idem*.

La alianza entre españoles y tlaxcaltecas se plantea más como un vínculo espiritual que como un convenio militar o político. Con la conversión de los señores, los indígenas pasan a ser parte de la misma comunidad cristiana. Por otra parte, el pacto es “para siempre jamás”, no es un acuerdo coyuntural sino permanente. Después de algunas dudas y discusiones los señores de Tlaxcala decidieron aceptar lo que Cortés les había propuesto, aunque Muñoz Camargo señala cierta oposición de algunos grupos y el ocultamiento de ídolos por unos cuantos individuos.

Y, en resolución, Maxiccatzin y Xicotencatl, y demás principales, dijeron a Cortés que no parase en cosa alguna, sino que absolutamente hiciese lo que le pareciese y bien le estuviese, porque ellos estaban determinados a creer en Dios y en Santa María, su santísima madre, y guardar sus santos y divinos preceptos; y que, desde luego, daban por ninguna y deshacían de sí la idolatría y engaño en que habían vivido, y que en esta ley nueva y santísima querían vivir y morir para siempre jamás; y que, desde luego, pedían agua de bautismo, y que querían ser bautizados.¹¹⁰

Los señores de Tlaxcala cumplen con la primera parte del pacto, su conversión al cristianismo, mientras que la otra parte, el ser aliados militares se ve en toda la narración de la Conquista. Por ello, el hilo conductor de esta parte de la obra es el cumplimiento riguroso del pacto por parte de los señores de Tlaxcala, con su conversión y su apoyo a la justa guerra contra los idólatras y tiranos mexicas. Ésos son los méritos de Tlaxcala, establecer un temprano acuerdo con España a través de Cortés y cumplirlo en todo momento. Al respecto es importante señalar que el *Lienzo de Tlaxcala* y las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista* también enfatizan el cumplimiento de este pacto.

Muñoz Camargo hace hincapié en la disposición de los señores de Tlaxcala para apoyar siempre a las fuerzas de Cortés; con este fin hace el elogio de varios de ellos, por ejemplo, al hablar del señor de Tizatlan, Xicotencatl “el viejo” dice que “fue el primero que recibió de paz a los cristianos, a quien, en este lugar y en sus propias casas y palacios los aposentó [...] (y aquí se puso la primera cruz de toda esta provincia)”. De Maxiccatzin, señor de Ocotelulco dice que “fue cristiano, leal amigo de la cristiandad y fidelísimo señor, amparo y defensa de los españoles”. Y también de

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 246.

Citlalpopoca, señor de la cabecera de Quiahuiztlan, dice cosas muy favorables pues “fue leal amigo [de Cortés], y de todos los cristianos, y ayudó en la conquista contra los mexicanos valerosamente”.¹¹¹ De esta manera los señores de Tlaxcala son ensalzados por sus grandes méritos y virtudes. Primero, porque siendo idólatras decidieron abrazar la fe católica; segundo, por ser fieles aliados militares de los españoles y, finalmente, por cumplir su palabra y ser hombres valientes.

La fidelidad de los tlaxcaltecas se puso a prueba durante y después de la derrota de los españoles en la Noche Triste, ya que en su huida del territorio de la Triple Alianza, al llegar los castellanos a las fronteras con Tlaxcala, perseguidos por los mexicas, los guerreros tlaxcaltecas enfrentaron a sus perseguidores salvándoles la vida. “Maxixcatzin y señores de Tlaxcala salieron, con grandes ejércitos, de socorro de los españoles que venían de vencida y corridos de los mexicanos, hasta que les resistieron la furia infernal que traían para acabar a los nuestros, y les salieron al encuentro, haciendo gran destrozo y cruel matanza en los contrarios, hasta que los echaron de sus términos.”¹¹²

Con esto, los tlaxcaltecas salvaron la vida de los españoles y con ello también la empresa de la Conquista.

Es en este punto que los mexicas enviaron emisarios para hacer una propuesta a Tlaxcala para unir sus fuerzas y acabar con los castellanos,

que acabasen de matar a los cristianos pues eran ya pocos, y éstos vencidos y heridos, y gente extranjera fuera de su nación, y que, en adelante partirían entre sí el mero mixto imperio de su señorío y que gozarían, reinando igualmente, toda la máquina deste Nuevo Mundo, y que harían perpetua paz y alianza con ellos, pues eran deudos y parientes y su pura sangre, y que no creyesen a tan falsos hombres ni se confederasen con ellos, porque eran corsarios y robadores, andrajosos, pobres, rotos y despedazados¹¹³

Los tlaxcaltecas, fieles a su palabra, no sólo no atacaron a los españoles sino que los cuidaron y protegieron hasta que se restablecieron física y militarmente para continuar con la empresa de la Conquista: “los tlaxcalienses, por inspiración divina, ampararon a los

¹¹¹ *Ibidem*, p. 60, 165, 173.

¹¹² *Ibidem*, p. 94.

¹¹³ *Ibidem*, p. 94.

nuestros: con mucho regalo y socorro de todo lo necesario, los tuvo en este lugar algunos días, hasta que, con alguna mejoría, los españoles heridos pudieran marchar para venirse a esta ciudad”.¹¹⁴

De esta forma, los tlaxcaltecas salvaron a los españoles de ser destruidos. Los señores de Tlaxcala renunciaron a un acuerdo con sus “deudos y parientes” mexicas para dividirse el gobierno de los territorios indígenas para continuar su alianza con los europeos. De este pasaje bien puede colegirse que en Muñoz Camargo existe una cierta idea de que los tlaxcaltecas pensaban, no sin ciertos fundamentos, que de no ser por ellos los españoles no hubieran podido conquistar Tenochtitlan.

Con todos estos elementos es conveniente detenerse un momento en el título mismo de la crónica, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*. El título revela el carácter informativo de la obra, además, por el contenido de la misma podemos pensar que estamos ante una “verdadera relación” hecha a Felipe II de los hechos y cosas de Tlaxcala para que ésta fuera mejor gobernada y ennoblecida conforme a sus méritos y necesidades en el entendido de que era una provincia más del imperio español.

Como es de pensarse, el eje de las peticiones de Tlaxcala a la corona son sus méritos durante la conquista de Tenochtitlan y en las expediciones posteriores de expansión de la Nueva España; méritos que han sido señalados de manera por demás elocuente en el *Lienzo de Tlaxcala* y en las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista*, mismas que acompañaban a la *Descripción* y que a un tiempo refrendaban y ampliaban la información de la crónica.

Al parecer, para la tradición tlaxcalteca el sentido profundo de la Conquista se encuentra en que, por el pacto entre tlaxcaltecas y españoles, ambos grupos se vincularon como partes integrantes de una comunidad espiritual, la cristiandad, y de una unidad política, el imperio español. Tlaxcala había cumplido con creces su palabra antes, durante y después de la Conquista de Tenochtitlan, con su apoyo militar y su conversión al cristianismo, ahora tocaba el turno de cumplir su parte a la corona española.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 95, y agrega “trayendo a cuestras y en hamacas [a] los enfermos que estaban más heridos y maltratados a la cabecera de Ocotelulco, en las casas y palacios de Maxixcatzin, lealísimo amigo de los cristianos españoles”.

La visión histórica de la obra de Cristóbal del Castillo

En el caso de Cristóbal del Castillo no es factible vincularlo con certeza a la tradición histórica de ningún pueblo debido a que sólo se conocen fragmentos de sus obras históricas, aunque es posible que tenga algún nexo con los pueblos del área de Tetzaco.¹¹⁵ A pesar de esta condición fragmentaria, algunos pasajes de sus obras permiten apuntar hacia un posible sentido de la Conquista.

En primer término tenemos su visión del pasado indígena. En la *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos* caracteriza a los mexicas como un pueblo conquistador y amante de los sacrificios humanos en honor de su dios, el Tlaccatecólōtl Tezauhtēōtl, “Y él, el *tlaccatecolōtl* de los mecitin, enseñó lo que no es bueno, lo que no es recto, pues enseñó la enemistad, el combate, el sacrificio humano, el canibalismo. Y todas las cosas que ordenó su *tlaccatecolōtl* a los mecitin no eran buenas, no eran rectas, eran espantosas, eran temibles.”¹¹⁶ Recuérdese que en el contexto novohispano el término *tlaccatecolōtl*, “hombre búho”, fue usado para expresar el concepto cristiano de diablo y es muy probable que Del Castillo, al declararse abiertamente un autor cristiano, lo usara en ese sentido. De esa forma se tendría un pasado indígena teñido por las faltas cometidas por los mexicas al realizar un culto de carácter demoníaco.

En marcado contraste con los mexicas se encuentran los antiguos pobladores de los lagos de la Cuenca de México, quienes, antes de la llegada de los primeros, vivían pacíficamente, sin realizar sacrificios humanos ni entablar guerras entre sí,

todos los que habían poblado por doquier, no eran comedores de carne humana. Lo que ofrendaban ante los que eran sus dioses era sólo la sangre de los animales; y la ofrenda que superaba, la gran ofrenda, [era cuando] degollaban codornices ante los que eran sus falsos dioses. Porque en ningún lugar estaba extendida la guerra, el combate, en ninguna parte se habían levantado mojoneras, simplemente toda la gente estaba repartida en la tierra que habían merecido.¹¹⁷

¹¹⁵ Véase Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos*, p. 157, y Federico Navarrete, “Cristóbal del Castillo”, p. 19-20. En todo lo concerniente a Del Castillo tomo en cuenta las opiniones de Navarrete en el texto citado y en el “Estudio preliminar”, en Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*.

¹¹⁶ Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 139, trad. de Navarrete.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 137-139, trad. de Navarrete. Sobre las diferencias entre los mexicas y los “pobladores” véase Navarrete, “Estudio preliminar”, en Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 48 y 77.

Así se establece un pasado prehispánico con dos vertientes, por una parte la de los antiguos pobladores que vivían en paz y tenían falsos dioses con un culto apacible y, por otra parte, los mexicas, seguidores de un demonio (*tlacatecolotl*) e instauradores de la guerra y los sacrificios humanos.

En el prólogo de su otra obra, la *Historia de la conquista*, Del Castillo señala en un solo pasaje su interpretación de la Conquista, dice:

que todas las cosas escritas en este libro son el fin, la destrucción, la terminación del ser de los mexicanos, desde que se extendió el agua divina, la hoguera hasta que los conquistó el capitán Hernando Cortés, Marqués del Valle, cuando él introdujo, hizo entrar por primera vez a México Tenochtitlan, de modo que entró, la divina luz, el divino resplandor solar de Nuestro Señor, el único teutl Dios, Jesucristo, su verdadera fe, su conocimiento, las divinas palabras de su fe.¹¹⁸

Hay puntos sumamente relevantes en el texto. Primero, se señala el fin de los mexicas no sólo como poder hegemónico, sino como forma de ser. Al respecto debe notarse que el texto náhuatl usa la palabra "*mexicayeliztli*", de *yeliztli*, término que puede ser entendido, según el *Vocabulario* de Molina y el *Diccionario* de Simeón, como el ser, la naturaleza o el estado de algo; de esta manera la Conquista se revelaría como el fin de la naturaleza de los mexicas, de todo aquello que les era propio, según Del Castillo, esto es, el término de la guerra, la idolatría y los sacrificios humanos. En contraste con las creencias del pasado indígena está la entrada de la fe del verdadero Dios. Aquí, de manera implícita, se señala a Cortés como el instrumento de la providencia para traer la salvación a los indígenas, especialmente a aquellos que no dieron culto al demonio (*tlacatecolotl*) y no realizaban sacrificios humanos, los antiguos pobladores a los que parece adherir Cristóbal del Castillo.¹¹⁹

Conviene recordar un pasaje de la obra que sólo se conoce por un breve resumen hecho por Horacio Carochi, en el cual se dice que Huitzilopochtli mandó, a los mexicas, recoger su bulto sagrado y arrojarlo en el sumidero de Pantitlan.¹²⁰ No es claro el sentido de esta noticia, pero parece implicar el fin del culto demoníaco que Del Castillo atribuía a los mexicas.

¹¹⁸ Del Castillo, *Historia de la conquista*, trad. de Navarrete, p. 163.

¹¹⁹ Cfr. Navarrete, "Cristóbal del Castillo", p. 24.

¹²⁰ Del Castillo, *Historia de la conquista*, p. 189.

Sin embargo, la historia de la Conquista no acaba con la toma de Tenochtitlan, sino que incluye la llegada de los franciscanos y la fundación de su convento en la ciudad de México, esto significa que para Del Castillo la historia de la conquista militar y la evangelización forman una unidad. Posiblemente para este autor la derrota de los mexicas sólo fue un momento necesario en la historia de la redención de los indígenas.

La tradición acolhua en las obras de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl

Las diversas obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl constituyen una gran empresa historiográfica de reivindicación del pasado indígena y de legitimación de los señores de Tetzco y, además, fueron concebidas como instrumentos para servir de apoyo a diversas peticiones dirigidas a la corona española sobre la base de los méritos realizados durante la Conquista por parte de su antepasado y homónimo Ixtlilxóchitl.

Para encontrar el sentido de la Conquista en este autor es necesario recorrer dos caminos que confluyen en el punto en que encara la situación novohispana de principios del siglo XVII.

Los primeros elementos sobre la Conquista se encuentran en un antiguo y prestigioso pueblo, los toltecas. Estos hombres se distinguieron por sus grandes conocimientos y sus extraordinarias habilidades en las artes, de tal manera que el término tolteca pasó a ser sinónimo de artista y sabio.¹²¹ Y por si fuera poco, los toltecas eran hombres blancos y barbados.

Pero, sobre todo, este pueblo se distinguió por su creencia en una suprema deidad, Tloque Nahuaque, divinidad sin representación física que no exigía sacrificios humanos ni imágenes, era el creador del mundo y de “las demás cosas que hay en él, como son plantas, montes, animales, aves, agua y peces”.¹²² En ese sentido, Ixtlilxóchitl afirma que los toltecas supieron cómo esta suprema deidad creó al hombre y a la mujer. Esto ya permite sospechar que, en el concepto de Fernando de Alva, Tloque Nahuaque sea en realidad el Dios cristiano con otro nombre.

También afirma que entre los toltecas vivió un hombre muy religioso, venido de oriente, llamado Quetzalcóatl o Huémac, quien

¹²¹ Ixtlilxóchitl, *Relación sucinta en forma de memorial*, p. 397. “Tulteca quiere decir hombre artífice y sabio, porque [los de] esta nación fueron grandes artífices, como hoy en día se ve en muchas partes de la Nueva España en las ruinas de sus edificios.”

¹²² Ixtlilxóchitl, *Sumaria relación de todas las cosas*, p. 263.

era justo y virtuoso “y enseñó la ley natural y constituyó el ayuno evitando todos los vicios y pecados”.¹²³ Este hombre instauró el culto a la cruz dándole los nombres de Quiahuitltéotl “dios de la lluvia”, Chicahualiztéotl “dios del esfuerzo” y Tonacaquáhuatl “árbol de nuestro sustento”.¹²⁴ Siglos después, cuando llegaron los españoles y pusieron una cruz en Tlaxcala, los indígenas reconocieron que se trataba del antiguo símbolo divino: “estaban muy admirados los tlaxcaltecas que los cristianos adorasen al dios que ellos llamaban Tonacaquáhuatl, que significa árbol del sustento, que así lo llamaban los antiguos”.¹²⁵

Además de estas peculiaridades, Quetzalcóatl era un hombre blanco y barbado,¹²⁶ quien, al ver el escaso éxito de su prédica, decidió partir no sin antes pronosticar su propio regreso, “en un año que se llamaría Ce Ácatl, y que para entonces su doctrina sería recibida y sus hijos serían señores, poseerían la tierra y otras muchas cosas, que después muy a la clara se vieron”.¹²⁷ Esta profecía ha sido reelaborada para que coincida por completo con la conquista española pues, si los hijos de Quetzalcóatl dominarían el territorio, y su enseñanza religiosa sería aceptada, es que se trata del regreso de los cristianos y del cristianismo, como será del todo claro más adelante.

De esta manera, dibuja el perfil de un personaje que, aunque no lo diga explícitamente, tiene todos los rasgos de un preevangeliizador. Además, al igual que Durán, deslinda diferentes aspectos del personaje; en su caso separa a Quetzalcóatl Huémac de Topiltzin, quien es presentado como un gobernante de Tula que vivió después del sospechoso evangelizador.¹²⁸

Después de la ruina y dispersión de los sabios toltecas, la Cuenca de México fue ocupada por los grupos chichimecas al mando de su valeroso jefe guerrero Xólotl, quien “fue un hombre de buen cuerpo, blanco y barbado, aunque no mucho, valeroso y de altos pensamientos”.¹²⁹ El aspecto físico de Xólotl hace que el lector pronto sospeche cuál es la intención de Ixtlilxóchitl; sospechas que se ven acrecentadas al referir la boda del hijo del caudillo chichimeca,

¹²³ Ixtlilxóchitl, *Sumaria relación de la historia general*, p. 529-530.

¹²⁴ Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, p. 8.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 214.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 9.

¹²⁷ Ixtlilxóchitl, *Sumaria relación de la historia*, p. 530.

¹²⁸ Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación*, p. 214; véase *Sumaria relación de la historia*, p. 531.

¹²⁹ Ixtlilxóchitl, *Sumaria relación de todas las cosas*, p. 304.

Nopaltzin, quien casó con una mujer de nombre Azcatl Xóchitl, hija del “príncipe” Póchotl, quien a su vez era hijo del “gran tolteca” Topiltzin.¹³⁰ De esta manera, los descendientes de Xólotl y de su hijo Nopaltzin son los legítimos herederos del “imperio” de los toltecas.

Además, en el *Compendio histórico del reino de Texcoco*, se afirma que los señores toltecas acordaron pedir al “monarca” chichimeca de entonces un hijo para casarlo con una hija de los gobernantes toltecas para que tuvieran un vástago al cual “lo jurasen por su rey y señor universal”.¹³¹ Con estos dos matrimonios el linaje tolteca y el chichimeca se funden en uno solo. Con ello, los chichimecas heredaron los derechos sobre los territorios que ocupó el “imperio” tolteca. Además se relatan actos de toma de posesión del territorio por parte de Xólotl y los principales jefes chichimecas.¹³²

Por otra parte, Ixtlilxóchitl tiene cuidado de resaltar que los chichimecas no eran idólatras como otros grupos. Ellos no tenían falsos ídolos, sino que sólo adoraban al sol, al que llamaban padre, y a la tierra, a la que llamaban madre.¹³³

Con estas noticias es claro que Ixtlilxóchitl en sus diferentes obras buscaba plantear una continuidad histórica y política de los gobernantes indígenas desde los tiempos toltecas, pasando por los señores chichimecas hasta llegar a Nezahualcóyotl y Nezahualpilli. Es un discurso que señala a los señores acolhuas de Tetzaco, de linaje chichimeca y tolteca, como gobernantes legítimos con derechos políticos sobre los diferentes pueblos de la Cuenca de México, según lo dice en la *Historia de la nación chichimeca*, a propósito del poder y autoridad de la Triple Alianza, “porque estas tres cabezas se fundaban ser señoríos e imperios sobre todas las demás, por el derecho que pretendían sobre la tierra, que había sido de los toltecas cuyos sucesores y herederos eran ellos, y por la población y nueva posesión que de ella tuvo el gran chichimecatl Xólotl su antepasado”.¹³⁴

Así como se busca sustentar una continuidad en la posesión del territorio y en el mando político, también se busca deslindar a los señores de Tetzaco de la religión prehispánica, la cual se juzgaba como idólatra y cruel. De esta forma, Ixtlilxóchitl presenta a un Nezahualcóyotl que sólo consentía con los sacrificios hu-

¹³⁰ *Ibidem*, p. 301.

¹³¹ P. 419.

¹³² Ixtlilxóchitl, *Sumaria relación de todas las cosas*, p. 295.

¹³³ *Ibidem*, p. 289; véase *Relación sucinta*, p. 413.

¹³⁴ P. 103.

manos debido a la presión de los mexicas, pero en realidad él estaba tras la pista de un dios único “y anduvo mucho tiempo especulando divinos secretos, y alcanzó a saber y declaró que después de los nueve cielos, estaba el creador de todas las cosas y un solo dios verdadero, a quien puso por nombre Tloque Nahuaque; y que había gloria para los justos, e infierno para los malos, y otras muchísimas cosas”.

En este sentido, el esclarecido Nezahualcōyotl denunció el error de las creencias religiosas de los otros pueblos:

Y también dijo que los ídolos eran demonios y no dioses como decían los mexicanos y culhuas, y que el sacrificio que se les hacía de hombres humanos, no era tanto por que se les debía hacer, sino para aplacarlos que no les hiciese mal en sus personas y haciendas, porque si fueran dioses amarían a sus criaturas, y no sentirían que sus sacerdotes los mataran y sacrificaran.¹³⁵

El hijo de Nezahualcōyotl, Nezahualpilli, siguió los sabios y virtuosos pasos de su padre. Este gobernante incluso profetizó la Conquista con estas palabras:

Declaró a sus vasallos y a los demás reyes cómo esta tierra había de ser de los hijos del sol, hombres valerosos e invencibles, y que tenían un señor el mayor del mundo, y que su dios era el Tloque Nahuaque, que quiere decir criador de todas las cosas, y que a esa causa no convenía más ser contra ellos, porque los que tal hiciesen habían de ser destruidos y muertos con rayos del cielo.¹³⁶

Sobre la base de estos relatos Alva Ixtlilxóchitl va forjando la imagen de una continuidad histórica desde los toltecas hasta los señores de Tetzaco. Se plantean sus indudables derechos políticos por ser los legítimos herederos del “imperio” tolteca y del “imperio” chichimeca de Xólotl. Los señores de este linaje se distinguen por ser adoradores de Tloque Nahuaque, el dios único, invisible, creador del mundo, y por rechazar la idolatría y los sacrificios humanos que realizaban otros grupos y en especial los mexicas. También debe notarse cómo, a través de reiterar el supuesto mensaje profético, justifica la Conquista y la participación de su antepasado Ixtlilxóchitl en ella; es el cumplimiento de la voluntad divina.

¹³⁵ Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, p. 447.

¹³⁶ Ixtlilxóchitl, *Relación sucinta*, p. 407-408; este párrafo se reproduce casi literalmente en el *Compendio histórico*, p. 449.

Por otra parte, los señores toltecas, chichimecas y tetzcoanos se caracterizaban por ser blancos; por ejemplo está el caso de Tecocoltzin, gobernante de Tetzco gracias a Cortés, del cual se dice que fue “muy gentilhombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto cuanto podía ser cualquier español por muy blanco que fuese, y que mostraba su persona y término descender y ser del linaje que era”.¹³⁷

Con estos elementos es posible entender la gravedad de la ruptura en esta continuidad causada por los mexicas al controlar Tetzco, al traicionar a Nezahualpilli y con la imposición de Cacama en el gobierno del Acolhuacan. Con esto, los mexicas introdujeron la ilegitimidad de su mando político y, por si fuera poco, aumentaron la idolatría y los sacrificios humanos.

Al momento de la Conquista, el mundo indígena se encontraba dominado por fuerzas contrarias a las propias de la tradición tolteca y chichimeca. Alva Ixtlilxóchitl señala que un hijo de Nezahualpilli se opuso a esta situación, mismo que después fue el mayor aliado de Cortés: se trata de su homónimo Ixtlilxóchitl. Este personaje es presentado como una persona predestinada a cumplir un importante papel en la historia. Para empezar nació, según este autor, al mismo tiempo que vio la luz Carlos V, lo cual no aconteció por mera casualidad, sino que revelaba una liga de orden sobrenatural, “pues ambos fueron instrumento principal para ampliar y dilatar la santa fe católica”.¹³⁸

De entrada se coloca la Conquista y a Ixtlilxóchitl en la perspectiva de la historia universal cristiana; el señor tetzcoano fue instrumento de la divina providencia para extender la religión católica en el mundo; al tiempo que es colocado al mismo nivel que Carlos V, pues ambos fueron señalados por Dios para el cumplimiento del plan divino de la historia.

La predestinación de Ixtlilxóchitl se manifestó a los indígenas a través de presagios y profecías:

y los astrólogos y adivinos de su padre el rey [Nezahualpilli], entre otras cosas que pronosticaron de él dijeron que andando el tiempo, este infante había de recibir nueva ley y nuevas costumbres, y ser amigo de naciones extrañas y enemigo de su patria y nación, y que sería contra su propia sangre; dijeron que él vengaría la sangre de tantos cautivos que se acababa de derramar, y sería total enemigo de sus dioses y de su religión, ritos y ceremonias¹³⁹

¹³⁷ Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, p. 457.

¹³⁸ Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, p. 174.

¹³⁹ *Idem* y agrega “con lo cual persuadían al rey su padre, que con el tiempo le

El drama de la Conquista está determinado por Dios y todos los personajes son instrumentos de la providencia para el cumplimiento del plan divino de la historia, que parece consistir en el regreso de los adoradores de Tloque Nahuaque.

De acuerdo con el cronista tetzcocano, Ixtlilxóchitl fue el único señor de Tetzcoaco que se opuso a los abusos de Motecuhzoma. Defendió la línea de sucesión legítima de su linaje en contra de la imposición de Cacama en el gobierno del Aculhuacan. En la *Historia de la nación chichimeca*, y sólo en ella, se dice que Ixtlilxóchitl llegó a rebelarse para defender los verdaderos derechos de sucesión e incluso “se salió de la ciudad y se fue retirando hacia la sierra de Metztitlan, convocando a todos los que le querían seguir, con voz de oponerse contra el reino de Tetzcoaco se hacía y contra sus dos hermanos”.¹⁴⁰

En lo que toca a la historia de la Conquista, Alva Ixtlilxóchitl destaca ampliamente la participación de Ixtlilxóchitl, siempre apegado a la legitimidad, al tiempo que se muestra fiel aliado de los españoles frente a sus enemigos los idólatras mexicas. Así, se presenta a Ixtlilxóchitl ofreciéndose como aliado del capitán español desde el primer momento, al enviar embajadores “a dar la bienvenida a Cortés y a los suyos y a ofrecérsele por su amigo, dándole noticia del estado en que estaban las cosas del imperio, y el deseo de vengar la muerte de su amado padre el rey Nezahualpiltzintli, y liberar el reino del poder de los tiranos”.¹⁴¹

Durante las diferentes campañas, Ixtlilxóchitl se destacó por sus habilidades guerreras, dando muerte a los enemigos, organizando las fuerzas de Tetzcoaco (las cuales, por supuesto, eran numerosísimas), abasteciendo a sus huestes y a los españoles, e incluso salvando la vida del mismo Hernán Cortés durante el sitio de Tenochtitlan. “Ixtlilxóchitl libró a Cortés y le reprendió mucho porque se había adelantado y no quiso tomar su parecer de nunca adelantarse solo, sin ir con muchos amigos.”¹⁴² La preponderancia del tetzcocano era tal que incluso podía permitirse el lujo de regañar al capitán español.

Por estas y otras grandes acciones, Alva Ixtlilxóchitl afirmó que su homónimo antepasado jugó un papel fundamental en la Con-

■ quitasen la vida; y él les respondió que era por demás ir contra lo determinado por el Dios criador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus pasados, que habían de venir nuevas gentes a poseer la tierra, como eran los hijos de Quetzalcóatl que aguardaban su venida de la parte oriental; y con esto desvelaba el rey a sus consejeros y adivinos”.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 191.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 201. La mención de la embajada sólo aparece en esta obra.

¹⁴² Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, p. 472. Las cursivas son mías.

quista, a tal grado que: “después de Dios, Ixtlilxóchitl y los demás sus hermanos y deudos suyos, señores y caudillos [que] ellos eran, se plantó la ley evangélica y se ganó la ciudad de México y otras partes con menos trabajo y costa que lo que podía costar, sino fuera por Tezcuco y sus reinos y provincias, como está declarado”.¹⁴³

Esta parte es sintomática de la desmedida importancia atribuida al personaje.

Los méritos de Ixtlilxóchitl y de Tetzco no concluyen con la toma de Tenochtitlan ni con la captura de Cuauhtémoc, sino que continuaron durante los primeros años de la Nueva España.

De particular importancia son los esfuerzos de Ixtlilxóchitl por promover la evangelización. El primero de ellos fue el tener la disposición para aprender la doctrina cristiana que le enseñara fray Pedro de Gante, de manera que, cuando llegó fray Martín de Valencia, él ya conocía lo suficiente para pedir el bautismo. Y no sólo fue el primer señor tetzcocano en ser bautizado, sino que también se abocó a convencer a otros de la verdad de la fe cristiana y a prepararlos para recibir el bautismo,

enseñando a sus hermanos deudos y parientes la doctrina cristiana, con más policía y las ceremonias y términos al modo castellano, que era muy diferente lo de esta tierra, en donde les decía largas arengas y sermones trayéndoles a la memoria grandes cosas, de tal manera que los enardecía con palabras tan buenas, tan santas que les decía *como si fuera un apóstol*.¹⁴⁴

¿Qué otros méritos se podrían pedir al señor tetzcocano?

A pesar de los grandes e indiscutibles méritos de Ixtlilxóchitl y de Tetzco, éstos no fueron reconocidos por los españoles, sus hazañas fueron olvidadas y en las crónicas no se habla de ellas. El reproche por este olvido empieza con el mismo Hernando Cortés, “y me espanta de Cortés que, siendo este príncipe el mayor y más leal amigo que tuvo en esta tierra, que después de Dios con su ayuda y favor se ganó, no diera noticia de él y de sus hazañas y heroicos hechos siquiera a los escritores e historiadores para que no quedaran sepultados”.¹⁴⁵

Las brillantes acciones de Ixtlilxóchitl no recibieron premio alguno; al contrario, él y sus descendientes sufrieron toda clase de privaciones, “ya que no se les dio ningún premio, sino que antes

¹⁴³ *Ibidem*, p. 462.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 492. Las cursivas son mías.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 468.

lo que era suyo y de sus antepasados se les quitó, y no tan solamente esto, sino que aun unas casas y unas pocas tierras en que vivían sus descendientes aun no se las dejaron”.¹⁴⁶

Pero lo peor de todo no fue el olvido de sus hazañas y el despojo de sus bienes, sino que también fue el término del linaje que había mandado legítimamente desde el tiempo de los toltecas: “Aquí se acaba el tronco verdadero y por línea directa, de los señores naturales de esta tierra. De éste descendieron las ramas de todos los señores que fueron después de diversas partes de la Nueva España.”¹⁴⁷

De esta manera tenemos dos vertientes respecto del sentido de la Conquista en las obras de Alva Ixtlilxóchitl. Por una parte, hay una idea de continuidad, según la cual el poder legítimo del imperio tolteca y chichimeca estuvo siempre unido a un linaje de hombres blancos adoradores de Tloque Nahuaque, deidad que no es otra que el dios cristiano, pues dice: “el Tloque Nahuaque, que llaman los castellanos Jesucristo”.¹⁴⁸ Dentro de esta línea de pensamiento la idea que parece perfilarse es que con la Conquista el cristianismo y el gobierno de los hombres blancos volvió a casa.

Por otra parte, los derechos de Tetzco se establecen por los descomunales méritos de Ixtlilxóchitl. Pero de esas acciones no se deriva beneficio alguno, al contrario, los descendientes de tan gran hombre no tienen ningún reconocimiento y viven en la pobreza.

De esta manera, por un lado tenemos la idea de una restitución, la del cristianismo, y por otro lado una idea de despojo, la pérdida del poder y las riquezas de los señores de Tetzco.

La tradición chalca en las obras de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin

Chimalpain es un caso especial dentro de la historiografía de tradición indígena de la Conquista, pues es muy interesante señalar que a pesar de ser uno de los autores más prolijos dedica escasas páginas a hablar de este importante acontecimiento. De hecho sólo se ocupa de ella en dos trabajos, la *Tercera* y la *Séptima* de sus relaciones, en las que realmente anota muy pocas cosas. En este caso,

¹⁴⁶ Ixtlilxóchitl, *Relación sucinta*, p. 408. Y agrega: “lo cual si diera aviso de todo ello al emperador nuestro señor, yo entiendo que no tan solamente le confirmara lo que era suyo y de sus antepasados sino que le hiciera muchas mercedes y muy señaladas”.

¹⁴⁷ *Idem*.

¹⁴⁸ Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, p. 502.

las pesquisas deben dirigirse sobre cuáles pudieron ser las razones de esta ausencia en las obras del cronista chalca.

Para tratar de responder a este planteamiento lo primero es constatar que Chimalpain se presenta a sí mismo como un autor cristiano que escribe para lectores igualmente cristianos. "Todo está contado aquí; así que sosiégate, tú que eres cristiano; no te turbes. Dígnate creer firmemente en un verdadero *Dios*."¹⁴⁹

Podría decirse que toda la obra de Chimalpain está imbuida por ese sentimiento de ser cristiano y de la necesidad de dejar constancia de su fe. Su convicción cristiana junto con su conciencia de pertenecer a los más nobles linajes de Chalco constituyen toda una afirmación y definición de vida.¹⁵⁰ En este punto debemos tener presente que Chimalpain se muestra heredero de dos grandes tradiciones, la chalca prehispánica y la cristiana. La primera de raigambre local, de gran apego afectivo a la región de donde provenía, la segunda de fe y de salvación. Ambas tradiciones se funden en sus trabajos históricos y en la idea de la historia que los sustenta.

En el conjunto de sus obras Chimalpain busca dar respuesta a un problema fundamental de su tiempo y de su condición social, ¿qué lugar ocupaban los indígenas en la historia universal? Para comprender su respuesta debe tenerse en cuenta que en su tiempo decir historia universal es hablar de la idea cristiana de salvación.

En este sentido, es sintomático que Chimalpain, en diferentes lugares de la *Primera, Segunda y Cuarta relaciones*, remita a varios pasajes bíblicos como la creación del mundo y de la primera pareja humana, así como a Noé y el Diluvio y algunos más. De hecho, la *Primera relación* es un texto que sólo habla de la creación del mundo y de Adán y Eva, así como de algunos aspectos de la doctrina cristiana. De esta manera, Chimalpain declara que se trata de algo que "mucho nos conviene a los que habitamos aquí en Nueva España, los que somos macehuales, para que todos sepamos que sólo una vez fue hecha con tierra, con barro, la simiente, la que se dice, la que se llama primer linaje humano, de la que salimos, nacimos, por la que constituimos linaje todos los que estamos en el mundo, los que habitamos en la Tierra".¹⁵¹

¹⁴⁹ Chimalpain, *Octava relación*, trad. de Rubén Romero Galván, p. 101.

Sobre estos aspectos véase de José Rubén Romero Galván, "Chimalpain Cuauhtlehuauitzin" e "Introducción", en Chimalpain, *Octava relación*. Para todo lo concerniente a Chimalpain considero los argumentos de Romero.

¹⁵¹ *Primera relación*, f. 1r, trad. del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Los pueblos indígenas son parte indiscutible del linaje humano, hijos de Adán y Eva y, por supuesto, de Dios; en este sentido quedan plenamente integrados al plan divino de la historia.

Sin embargo, durante siglos los indígenas no supieron del verdadero Dios y rindieron culto a falsos dioses, tal y como lo dice la *Segunda relación*:

Ciertamente no conocieron a aquél por quien en verdad llegaron a vivir y tampoco conocieron cuál fue la verdadera luz que deberían seguir, justamente la que iluminó a la gente, la que mostró cosas a la gente, la que le dio ánima y vida, por la que es reconocido el único y verdadero *teutl*, *Dios*, Jesucristo, salvador de la gente, el único gracias a quien se vive y existe aquí en la Tierra.¹⁵²

Pero si bien los antiguos pueblos indígenas no conocieron al verdadero Dios, no por ello su historia dejaba de estar determinada por la divina providencia, como puede apreciarse en el caso de la llegada de los chichimecas de tierras desconocidas: “Y fue acaso sólo por la venerable inspiración, acaso sólo por la sublime incitación de *Dios* Nuestro Señor, que de algún lugar vinieron.”¹⁵³ O también en la destrucción de Tula, la cual cayó por la voluntad divina, “se perdió el gran pueblo de Tullan, al que destruyó él solo, Nuestro Señor Jesucristo, a causa de los grandes defectos de los [toltecas]”.¹⁵⁴

Chimalpain reconoció el aspecto más negativo del pasado prehispánico, desde el punto de vista de un autor cristiano: la falsedad de su religión y el carácter demoníaco de sus deidades. Como ejemplo de esto, pueden señalarse algunos pasajes del *Memorial breve* donde llama diablos a algunos de los dioses que guiaban a varios pueblos migrantes; el primero de ellos es el dios de los mexicas, al que llama “*diablo* Tetzauchtéotl”, también el dios de los teotenancas, Nauyoteuhctli, es llamado diablo y Acolóctal, deidad de los acxoteka, recibe el mismo tratamiento.¹⁵⁵

Ahora bien, si nos detenemos a considerar estos aspectos en el conjunto de una obra tan vasta (diez historias conocidas) y la declaración de fe cristiana del autor y su esfuerzo por coordinar la historia indígena con la historia cristiana, se impone preguntarse cuál fue el proceso que permitió al indígena cobrar conciencia de

¹⁵² *Segunda relación*, f. 9r, trad. del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas.

¹⁵³ *Cuarta relación*, trad. del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas.

¹⁵⁴ *Memorial breve*, trad. de Castillo, p. 157.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 19, 53, 65.

ser parte del plan de Dios. La respuesta parece obvia, la Conquista y la evangelización; ése sería el sentido profundo de la Conquista, el permitir la plena incorporación de los pueblos indígenas a la historia a través de su conversión. Pero estos trascendentes hitos sólo son mencionados de pasada por Chimalpain, ¿por qué? Quizá porque para Chimalpain el problema ya no era el impacto inmediato de la derrota mexicana, sino el sentido de ser indio en la Nueva España del siglo XVII.

COMENTARIO FINAL

Para concluir es necesario retomar la pregunta con la cual se comenzó este capítulo: ¿cuál fue el sentido que los indígenas dieron a la Conquista? Como el lector ya se habrá percatado no es posible dar una sola respuesta, por la sencilla razón de que las diferentes obras y autores que hemos visto dieron diversas respuestas a ese problema.

Ante todo, debemos hacer un deslinde generacional entre las distintas obras que conforman este proceso de conciencia histórica que abarca más o menos cien años, desde los *Anales de Tlatelolco* a las *Relaciones* de Chimalpain. En este periodo tendríamos por lo menos a tres generaciones implicadas: a quienes vivieron la Conquista, a sus hijos y a sus nietos. En ese sentido puede decirse que lo más importante es constatar y reconocer que la transformación de la tradición histórica indígena se articuló conforme a las generaciones, los distintos afanes e intereses de los diferentes autores y de sus linajes. Cada generación se enfrentó a diversas circunstancias conforme a su posición social, la tradición histórica a la cual pertenecían y las necesidades del momento.

Tomando en cuenta lo señalado a lo largo de este capítulo, debe considerarse que las posiciones expresadas por cada autor y en cada obra no son meramente individuales sino manifestaciones de la conciencia colectiva del grupo al que pertenecían. En ese sentido, podemos plantear dos momentos importantes.

El primer momento está marcado por el asombro y el impacto cercano de la Conquista; son obras en las cuales el recuerdo de la catástrofe está aún vivo, en donde la admiración es parte importante de la narración de los acontecimientos. Estas obras se nos presentan como esfuerzos colectivos y anónimos, memorias colectivas sin rostro aparente. Este momento está representado principalmente por los *Anales de Tlatelolco* y por el Libro XII de Sahagún.

Cuadro 5
COMPORTAMIENTO DE MOTECUHZOMA ANTE LOS ESPAÑOLES

Conducta correcta según libro VI	Conducta incorrecta según libro VI	Sahagún, libro XII y relacionados	Crónica X Tezozómoc y Durán	Muñoz Camargo	Ixtlilxóchitl
Cuidar de la religión	Descuida la religión		Implanta un culto más sangriento		
Cuidar de la guerra		Evade el combate	Evade el combate		Evade el combate
Impartir justicia	Es injusto con todos	Es injusto	Es injusto y cruel	Es injusto	Es injusto
Corazón de la ciudad Centro de conciencia	Está fuera de sí como un borracho	Está fuera de sí como un borracho	Está fuera de sí como un borracho		
Seriedad y austeridad en el mando	Ensucia el cargo	Es tirano Abandona la casa de gobierno	Quiere abandonar el mando		No respeta a otros gobernantes
Vida recta y moral	Es duro y cruel	Es un traidor y homosexual	Se le honra como a un dios		Es traidor y asesino
No ser soberbio	Es soberbio		Es soberbio		Es soberbio
No querer más poder ni riqueza	Es ambicioso		Concentra el poder. Tiene muchas riquezas	Ambiciona más poder	Ambiciona más poder
Ser valiente en la guerra		Es un cobarde Piensa en huir	Es un cobarde Piensa en huir		Es un cobarde
Respetar a los sacerdotes	Menosprecia a todos		Los manda matar Los menosprecia		
Respetar a los ancianos	Menosprecia a todos		Los manda matar Los menosprecia		
Respetar a los pobres	Menosprecia a todos		Los menosprecia		
Respetar a los guerreros	Menosprecia a todos		Los menosprecia		
Seguir el consejo de los ancianos	No toma el consejo de nadie		No toma el consejo de nadie		
Seguir el ejemplo de los antepasados	No toma el ejemplo de nadie		No toma el ejemplo de nadie		

En el segundo momento encontramos obras que intentan hacer, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, una reflexión más profunda sobre la Conquista; en estas obras se resiente ya el peso de las profundas transformaciones de la sociedad indígena durante la primera mitad del siglo XVI. Son obras que conjugan el respeto a la tradición de los mayores con la circunstancia de vivir en un mundo cristiano.

Este momento contó con tres grandes vías para dar solución al problema fundamental que planteaba continuar con la tradición indígena, que era cómo vincular la tradición historiográfica indígena con las condiciones que iba imponiendo la realidad novohispana durante el siglo XVI; en este sentido el reto era doble, por una parte, era político para hacer frente a las necesidades del momento y, por otra parte, conceptual para tratar de dar una explicación de la circunstancia en la cual se encontraban.

La primera vía de solución es prácticamente exclusiva de los mexicas, pues es el recuerdo del honor y la gloria perdidos, y estaría representada por Tezozómoc en sus dos crónicas, la *Mexicana* y la *Mexicáyotl*; por su parte Diego Durán, en su *Historia de las Indias*, recogería elementos importantes de esta tradición histórica. Conjugan un orgullo por las hazañas guerreras de su pueblo con el interés por señalar la continuidad de los linajes de los señores tenochcas; con esto parece que debe pensarse en que la memoria mexica servía para sustentar las posiciones políticas de los nobles indígenas novohispanos.

La segunda vía fue la exaltación de los méritos de aquellos grupos que se ostentaban como aliados de los españoles, principalmente los tlaxcaltecas, quienes produjeron un conjunto de obras pictográficas y escritas que tenían como finalidad principal servir de relaciones de méritos y servicios para favorecer los intereses del cabildo indígena de Tlaxcala ante las autoridades españolas en la Nueva España y aun en la misma península.¹⁵⁶

Tanto el *Lienzo de Tlaxcala*, como las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista* y la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, de Muñoz Camargo, deben verse como parte de toda una estrategia política y administrativa de los señores tlaxcaltecas para lograr el cumplimiento de los acuerdos que consideraban incumplidos por parte de la corona española en el siglo XVI.

Véase Charles Gibson, *Tlaxcala en el siglo XVI*, p. 154-164; *Actas de Cabildo de Tlaxcala*, p. 321-322, 324, 347; Andrea Martínez, "Las pinturas del Manuscrito de Glasgow y el Lienzo de Tlaxcala", p. 143-145.

También Alva Ixtlilxóchitl intentó exaltar, aunque de una manera desmesurada, los méritos de sus antepasados, como forma de sustentar todo un cuerpo de peticiones personales y de grupo en el área de Aculhuacan. Como parte de ese intento son conocidas sus pretensiones sobre el cacicazgo de San Juan Teotihuacán. En este sentido deben destacarse aquellos documentos en los cuales las autoridades indígenas de Otumba y de Tetzaco dieron fe de la veracidad del *Compendio histórico del reino de Texcoco* de Ixtlilxóchitl, con esto es evidente que buscaban apoyarse mutuamente en su intento por responder a las condiciones tanto de las comunidades como de la nobleza indígena a principios del siglo XVII.¹⁵⁷

La última vía para responder a los problemas básicos de la tradición indígena, fue la de tratar de articular la historia indígena prehispánica con la historia universal, la historia cristiana de salvación. Más allá del recurso obvio de la sincronización de acontecimientos, se impone considerar que, también en este caso, los autores de tradición indígena tuvieron más de una opción; primero, algunos trataron de cristianizar el pasado, desde siempre habían conocido o por lo menos intuido al verdadero Dios, pero los malvados mexicanos impusieron la idolatría y los sacrificios humanos, como puede verse en las obras de Cristóbal del Castillo y en las de Alva Ixtlilxóchitl. Por otra parte, hubo quien, como Chimalpain, vio en el pasado de los pueblos prehispánicos la intervención del verdadero Dios, no importaba que los antiguos hubiesen sido idólatras, siempre habían sido parte del plan divino para la salvación del género humano.

En casi todas las obras está presente la idea de que la Conquista significó el fin de una manera de ser y el inicio de otra. Además es constante la sensación de pérdida, ya sea del poder, de la gloria o de la historia de los pueblos; en casi todas las versiones está presente un afán de recuperación de la tradición prehispánica y de reivindicación de los grupos indígenas.

En todo caso, todos estos autores tuvieron la voluntad de comprender y enfrentar su presente a través del resguardo de las antiguas tradiciones históricas. En todo momento la historia indígena, como memoria colectiva, contó con la posibilidad de tomar nuevas formas para cumplir con su misión primaria, la de permitir a los pueblos y a los grupos reconocerse en su pasado para dar fundamento a su acción en el presente.

¹⁵⁷ Véase el Apéndice al *Compendio histórico del reino de Tetzaco*, p. 517-521.